



ALONSO





LA DISTINCION SE OBSERVA EN EL DETALLE

GATH & CHAVES, auténtico centro de elegancias y refinamiento estético, da al detalle, la importancia primordial que la moda le asigna. Cuando la tendencia de la moda actual fué sancionada, GATH & CHAVES se apresuró a vender a bajo precio, cuanto complemento de la toilette femenina, no armonizara con la línea nueva.

EL CALZADO, en todo tiempo fué cuidado por las elegantes, y lógicamente no podían calzarse con la falda "campana", el mismo zapato que antes usaban con la pollera "entravé".

GATH & CHAVES agrega un nuevo triunfo, a la ya larga lista de los conquistados, afirmando ser la única casa que posee el calzado de PUNTA AGUDA, que realza, y forma parte integrante de la falda corta y ancha, dando al pie femenino, una brevedad graciosa y afilada.

GATH & CHAVES, como prueba definitiva de cuanto asevera, suplica a las señoras observen los figurines que París envía, donde hallarán reproducidos los hermosos modelos de Botas y Zapatos, que magníficamente expone en el ANEXO, y esperan su fallo.

ANEXO:
Avenida de Mayo,
Perú
y Rivadavia

THE SOUTH AMERICAN STORES
Gath & Chaves Ltd.

ANEXO:
Avenida de Mayo,
Perú
y Rivadavia



COSTUMBRES DE ANTAÑO

AL TOQUE DE ORACIONES

DIBUJO DE MÁLAGA GRENET



AL MARGEN DEL GRAN LIBRO.

El Poeta Ignoto que vaga confundido con el espíritu de la Naturaleza, exclamó un día desde el fondo de la tiniebla: «¡Oh alma, cuando verás la magna luz, la luz conductora por el desierto de la vida, redentora de todas las soledades, salvadora de todos los destierros, impulsora de todas las alturas!» Y en el seno recóndito de la Tierra Madre, comenzó a agitarse por infinitas raíces, el germen de la futura flor mística, — Lirio, Rosa, Nardo, — ungido por la Gracia suprema, la que presiente el sacrificio y la gloria, y que en el verso de fuego de Isaías, en el salmo perfumado de David y en la estrofa cálida de Salomón, como en el cáliz deslumbrante de oro y fuego, anunció su eclosión eucarística.

Aquí, en este libro secular, se condensa la sublime historia de aquella transfiguración de la nada en el ser; de la gota de sangre filtrada a través de los tejidos de la tierra, durante cinco siglos, para que estallase en la cumbre del monte sacro, en irradiación deslumbrante de virtudes y dolores, la palabra del Amor sin límites y sin formas, que sólo tiene una consagración en la Muerte, en el perdón, que es la gloria de la pasión humana por la propia inmolación, en la renuncia de la vida, que es la ofrenda de la sangre al seno infinito de la madre originaria.

Todas las almas dolorosas han seguido tus huellas; todas las vidas desoladas se han orientado por tu resplandor; todas las inteligencias incomprendidas se han consolado con la esperanza de abrazarse un día a tus plantas; todas las verdades ignoradas han dirigido sus alas informes hacia la mística Estrella polar de la luz única e inextinguible. Y todos llegan a su tiempo, unos entre cantos de alegría, otros entre gemidos de dolor; los más, desangrados y exhaustos por la fatiga y el ansia insaciada de la dicha ausente: todos clamando, para oírte de nuevo los que te oyeron, por unirse de tu voz los que vinieron tarde, por bautizarse de tu palabra de vida, los que sólo hallaron la noche caída sobre la cruz de tu martirio.

Yo te he presentado en mi niñez de penumbra; te he vislumbrado en mi adolescencia soñadora; te he oído en mis confidencias juveniles con el misterio de la ciencia y las promesas del amor; te he sentido en mi carne, en mi sangre y en mi espíritu, en la tragedia de la vida; he penetrado en el silencio de tus labios, en las heridas de tus llagas, en la profundidad de los gemidos de tus desengaños, en la culminación radiante de tus voces de amor y de caridad, en las palabras regeneradoras de tu peregrinación por las sendas del mundo y del Espíritu, y en la lejanía donde fué a perderse el último grito de tu dolor universal, que comienza en el rayo de luz que besó tu frente en la meditación de los Olivos, y se lanza a la eternidad, sobre el rayo de luna que besó tus pupilas en la cruz de tu transfiguración más gloriosa.

Vaso intangible de todos los perfumes de virtud; rey y señor de todos los amores; capitán luminoso de todas las conquistas de la inteligencia; astro difuso de toda la vasta tiniebla del mundo; caudillo mágico de todas las almas y las cosas desconocidas e ignoradas; flor de carne convertida en antorcha; brasa de dolor humano trocada en Sol de Alegría divina; vidente de todo misterio, descifrador de todo enigma, forma ígnea de toda idea, y escultura translúcida de todo concepto de amor; océano ilimitado donde van a parar todos los ríos de lágrimas de la raza humana; firmamento azul donde se dan cita gloriosa todas las esperanzas fenecidas y todas las almas extraviadas: ¡con cuánta unción me acerco a tu ara impalpable, a tu templo inmenso como el universo, al sagrado tabernáculo de tu Evangelio, presentado por tus profetas, sancionado por tu sangre eucarística, y por cuyos versículos haces correr mares de amor, de perdón y de libertad, en medio de los hombres!

El Poeta Ignoto que anunció tu eclosión maravillosa, mientras vagaba en la noche, al evocarte en su soledad, presintió la Gran Luz, la de la esperanza, la de la liberación y de la gloria; y con paso trémulo se adelanta hacia el ara de tu Evangelio; y cual si deshojara una por una las rosas místicas que guardan el inviolado secreto de la Ciencia y del Amor supremos, vuelve cada una de sus hojas para beber en cada verso un sorbo de agua viva, un rayo de luz espiritual, una onda del infinito perfume de tu Sangre, que es Amor, Verdad, Poder.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

DIBUJO DE FRIEDRICH.

El maestro Saint-Saëns



Por segunda vez nos ha sido dado rendir nuestro homenaje de respeto y de admiración al ilustre maestro Camilo Saint-Saëns, que es, sin duda, la figura más gloriosa de la Francia musical contemporánea. Y nos hemos honrado a nosotros mismos, al honrar al artista eminente, para quien no han existido fronteras, como que ha brillado en toda Europa y en una y otra América.

El triunfo no ha sido fácil, a la verdad. Es que debió luchar con ese argumento hipócrita y pérfido de la «ausencia de melodía», con que los pretendidos conocedores de todos los tiempos y de todos los países, han disfrazado su incapacidad de comprender las formas nuevas o poco comunes de la belleza. Ha sido utilizado con Rameau, con Gluck, con Mozart; se le ha usado contra Beethoven, contra Schumann, contra Wagner; lo ha escuchado Bizet, y lo escucha hoy Debussy. También lo soportó Saint-Saëns, con ser su producción esencialmente melódica.

Cierto es que a las veces ha podido reprochársele el haber aceptado una idea cualquiera, de escaso valer propio — idea que ha sabido exponer, desarrollar, transfigurar, amalgamar o matizar con una habilidad maravillosa. Así ha resultado en muchas obras más ingenioso que emotivo. Pero son también numerosas las que reuniendo las calidades esenciales del genio francés — la claridad, el orden, la medida, la distinción, la elegancia — encierran modelos de expresión austera y armoniosa. Naturalmente, como estas últimas no han menester ser defendidas, el ilustre compositor brega aún por imponer también las primeras. Y así es como, contestando a sus detractores, escribió alguna vez: «Se pide al músico que oculte su ciencia. Ahora bien: lo que se entiende por ciencia, en caso semejante, es, simplemente, el talento, y cuando se tiene, es para servirse de él y no para metérselo en el bolsillo.»

Sabido es que Saint-Saëns es, ante todo, un sinfonista — con razón se ha dicho que «ha hecho óperas con el alma de un sinfonista impenitente». Se explica, pues, que haya luchado

tanto en su juventud. En aquella época, como él mismo lo ha recordado, el compositor francés que cometía la audacia de aventurarse en el terreno de la música instrumental, no tenía dónde ejecutar sus obras; sin contar con que el público, el verdadero público, huía ante el nombre de un músico de su propia tierra y que vivía aún...

Fué en 1871 — tenía entonces 36 años, pues ha nacido en 1835 — que, con un núcleo de compositores, fundó en París la famosa «Société Nationale», que tomó por divisa «Ars gallica», y tanto ha influido en la vida musical francesa. Allí obtuvo sus primeros éxitos, pero que fueron de consecuencias muy relativas, tanto que no pudo dar a conocer su «Sansón y Dalila», terminada en 1874. La Opera de París no le abrió sus puertas sino cerca de veinte años después, cuando la obra maestra de su música dramática había sido celebrada en Weimar — donde se estrenó en 1877, por influencia de su gran amigo Liszt — en Bruselas y en Ruán. Lentamente, pues, fué imponiéndose, quien era músico por «derecho divino», según la expresión de un biógrafo.

Su obra tan vasta y tan variada, profundamente francesa, no obstante la influencia que la escritura acusa de los clásicos alemanes, dejará una traza en el arte de su país. Este curioso, — recordemos al pasar que la producción musical no ha bastado a la actividad de Saint-Saëns, como que ha sido crítico, polemista, poeta, autor dramático y ha llegado hasta a enviar comunicaciones al Boletín de la Sociedad Astronómica, y a hablar en sus sesiones — este aislado, este triunfador que no tiene escuela, que no conoce sistemas, se ha equivocado a veces, y otras no se ha contraloreado suficientemente. Pero el artista que ha creado los «Poemas sinfónicos», «Sansón» y la «Sinfonía en do menor», vivirá en la memoria de los hombres.

MIGUEL MASTROGIANNI.



SEÑORA ZELMIRA PAZ
DE GAINZA. RETRATO PIN-
TADO AL ÓLEO, POR EL
NOTABLE ARTISTA FRAN-
CÉS DAGNAN BOUVERET



ENTRADA DE CARRUAJES

EL PALACIO de la FAMILIA de PAZ



Charlando de amores, de viajes y de impresiones artísticas, salían del Plaza Hotel tres amigos: un francés, un yanqui y el cronista.

Los dos extranjeros, recién llegados, lo habían elegido para cicerone en aquella radiante mañana de junio en que se dirigían a Palermo, paseo obligado de la aristocracia porteña.

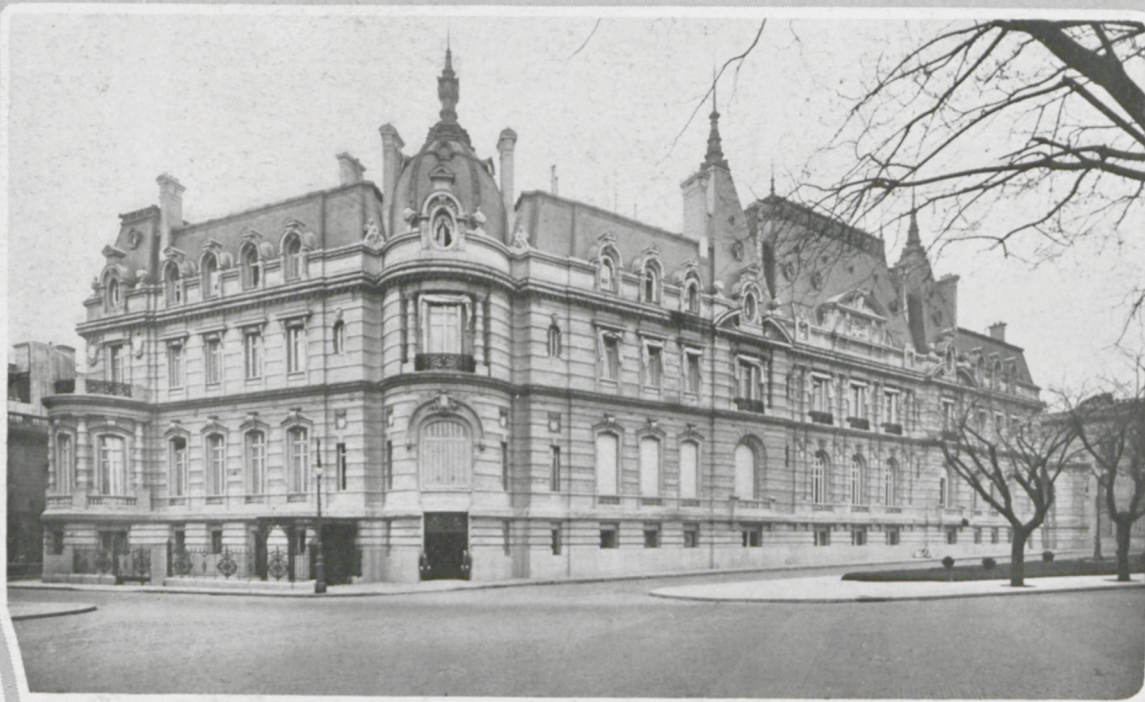
Al pasar frente a un palacio majestuoso y severo que se eleva frente a la plaza San Martín, preguntó el yanqui, a quien pertenecía.

— Es la casa de Paz, — dijo el cronista; — uno de los edificios más suntuosos de Buenos Aires.

— Es realmente muy hermoso — repuso su interlocutor.

— En Europa, — añadió el francés, — no nos formamos aún idea de los adelantos de estos países de América. Los suponemos siempre en nuestra imaginación, anchos poblachones coloniales, en donde las mujeres gastan muchos perfumes, vestidos y joyas muy costosas, pero en los que no se sabe todavía ni de arte ni de aristocracia.

— Esa es, desgraciadamente, la idea que tiene Europa de



VISTA EXTERIOR DEL EDIFICIO

nosotros, y también la tiene América del Norte, donde en una conferencia dada no hace aún tres meses, decía un honorable yanqui, que los argentinos eran todos mulatos y vivían borrachos... errores de los que poco a poco se ha de triunfar, ya que se encargarán de desvirtuarlos personalidades de la cultura y de la intelectualidad de ustedes. Buenos Aires es, ya hace rato, una ciudad de primera fila, y se impone a la admiración de propios y extraños. Vea usted esta doble cadena de palacios que vamos dejando atrás... Ya llegamos al palacio de Unzué, rodeado de su parque soberbio, y fíjense ustedes a nuestro frente esta hermosa Avenida Alvear, en donde a uno y otro lado surgen mansiones lujosísimas. Algunas de ellas encierran riquezas dignas de museos.

Al llegar a la fecha de nuestro glorioso centenario, Buenos Aires ostenta, orgullosa, viviendas señoriales que nada tienen que envidiar a los palacios del viejo mundo.

— Sin duda — dijo el yanqui, — el progreso es colosal en ambas Américas; tenemos grandes ciudades y palacios tan hermosos y tan artísticos como los más bellos de Europa.

— Sólo falta en ellos una cosa, — dijo el francés. — La pátina del tiempo. Todo en América es demasiado nuevo, demasiado dorado... Así las casas como las familias. Y eso no es defecto; pero cuando el vino es bueno, es tanto más exquisito cuanto más viejo...

El cronista y el yanqui, cruzaron una sonrisa. El cronista añadió:

— Mi querido amigo, de eso no tienen la culpa estos países que, muy jóvenes todavía, recién llegan al concierto del progreso de las naciones. Les propongo una cosa: desde mañana vamos a visitar palacios

de argentinos. Empezaremos, si como espero puedo obtener la venia de los distinguidos dueños de casa, por el que llamó la atención de ustedes al iniciar hoy nuestro paseo: por el de Paz.

El palacio de los Paz, levantado con el trabajo fecundo y honroso del jefe de la aristocrática familia, — de Pepe Paz, como familiarmente lo llamaban sus amigos, — es de una suntuosidad imponente, que recuerda las casas reales.

Desde muy joven, don Pepe Paz, trabajador infatigable y tenaz, se dedicó al periodismo, y con fe ciega en el brillante porvenir de su patria fundó el gran diario «La Prensa», sufriendo las penurias de los primeros tiempos, sin desmayar y sin perder la esperanza de que sus sueños de grandeza se verían un día realizados.

No fué infructuosa la labor de este hombre que vió al morir colmadas sus ambiciones, dejando a los suyos herede-



FRENTE INTERIOR Y JARDINES DEL PALACIO



GRAN HALL LUIS XIV, CONSTRUÍDO CON UNA RICA VARIEDAD DE MÁRMOL DEL PAÍS, DE DIVERSOS COLORES.



VIRGEN TALLADA Y PINTADA EN MADERA, DEL SIGLO XI. CURIOSÍSIMO EJEMPLAR DE GRAN VALOR ARTÍSTICO.



GRAN COMEDOR, ESTILO RENACIMIENTO, INSTALADO EN LA PLANTA BAJA DEL EDIFICIO.



EL GARAGE



"PACHÁ"
PERRO DE POLICÍA.



UN ÓLEO DE ZULOAGA

bias telas de Zuloaga; la salita Luis XVI, donde se admira el retrato de doña Zelmira Paz de Gainza, obra maestra de Dagnan Bouveret, el jardín de invierno, que parece escapado de un cuento fantástico de Edgar Poe, por lo maravillosamente misterioso... hasta el jardín, radiante de sol y alegría, todo allí es derroche de buen gusto, que no cesa uno de admirar.

El departamento particular de doña Zelmira Paz de Gainza, hasta donde su exquisita bondad ha dejado llegar nuestra mirada indiscreta, tiene, si cabe, mayor encanto que el suntuoso piso bajo, pues allí reina una atmósfera de sencillez y de intimidad, que impresionan agradablemente.

En el dormitorio Luis XIV, una virgen de madera, tallada, del siglo XI, atrae inmediatamente la atención... Dicha imagen es una obra de arte de inestimable valor, lo mismo que la tela de sujeto religioso que se admira en un extremo de la amplia habitación, tela que cuenta varios siglos y que, aunque sin firma, debe ser obra de algún maestro de la antigüedad, a juzgar por su maravilloso colorido.



"MR. MINOUSSE", GATO DE ANGORA

GRAN BIBLIOTECA



OTRA PINTURA DE ZULOAGA

Este palacio ha sido obra de los arquitectos Gainza y Agote, y fué considerado hace años en un plebiscito como la obra arquitectónica mejor de Buenos Aires, por la severidad de su estilo y la suntuosidad de su construcción.

Cuando se piensa que gracias a la labor ruda de un hombre infatigable y de preclaro talento, se llega a la grandeza que representa hoy «La Prensa», propiedad de la familia de Paz, se admira doblemente el temple y la perseverancia de aquel que, gracias a sus propios esfuerzos, secundado por la inteligencia y la exquisita bondad de su esposa, doña Zelmira Díaz de Paz, alcanzó, después de cuantos sacrificios, uno de los puestos más encumbrados, no solamente el que le correspondía socialmente, por su origen aristocrático, sino financiero y político.

Grandezas como la de los Paz son un ejemplo, máxime cuando los herederos del apellido tratan de hacer olvidar su riqueza, permitiendo subir hasta ellos, con la sencillez de su estirpe, a los desheredados de la fortuna.

EMILIO DUPUY DE LOME.



SALÓN LUIS XIV



"JAFONA"



SALA DE MÚSICA, ESTILO REGENCIA

Fotografías Gili-Waring y Gillow y PLVS VLTRA.



PAISAJES ARGENTINOS

AL ABRIGO DEL OMBÚ
DIBUJO AL CARBÓN, POR ÁLVAREZ



LAS VIDAS OPACAS

Todas, todas las tardes, veréis como sale del Convento.

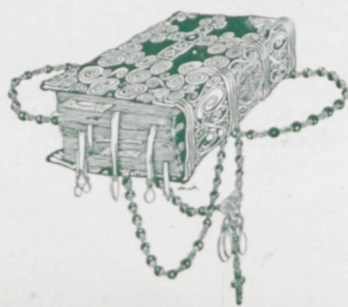
(El Convento es una vieja casona de portal. Hay unos escaloncitos de ladrillo y mezcla, por los cuales se asciende. La gente del pueblo la llama, enfáticamente, «el Convento». Está enclavada al otro lado de la plazuela, al costado derecho de la iglesia, frente al Cabildo.)

El Cura sale del Convento, todas las tardes. Sale, como siempre, en la sola compañía de su perro, un perro zancarrón, lanudo, al que los muchos años hacen cojear de una pata. El perro le sigue, despacioso, separándose apenas un instante para olfatear una esquina, en cuya pared perdura el rastro amarillento de otros perros, y hacer lo mismo que éstos hicieron poco antes. Son, ese perro y la criada setentona, los únicos compañeros del Cura. La criada pasa el día, ya en la cocina, guisando para el amo, ya en la solana, remendando las medias negras; echándole un zurcido a la raída sotana, haciéndole un añadido a una alba, o disimulando el deterioro de alguna casulla. Y cuando sus pobres manos están, por un momento, ociosas, agarran el rosario, y entonces, en tanto las cuentas de vidrio van pasando, van pasando entre sus dedos nudosos, los labios bisbisean y los ojos se entrecierran, como en un arrobamiento inefable.

El Cura ha salido, como otras, esta tarde. Ha atravesado la plaza. Al pasar frente al atrio, ante la Cruz del Perdón, recta sobre su poyo resquebrajado y tiñoso, se ha perseguido. Luego ha tomado la calle, recta, recta, y ha ido hasta el cementerio nuevo, más allá del Calvario. Va con el propósito de desentumecer las piernas. Una vez llegado al cementerio, empuja la puerta de tablas, desplomada a medias, y por enmedio de las filas de toscas cruces que despliegan sus brazos entre los mogotes de zacate limón y las matas cundidas de maravillas y de siemprevivas, llega hasta un altozano que domina el cementerio, y a su vez, el camino. El Cura arroja su sombrero sobre la hierba, y, sentándose sobre el mullido tapiz, abre su breviario, y comienza sus oraciones cotidianas. Sus dedos temblorosos van volviendo las páginas descoloridas. Entre esas páginas, hay estampitas, y las cruzan listones de colores, a cuyos extremos penden medallitas deslustradas. Los labios delgados y exangües del viejecito bueno y cándido, apenas se remueven. Entre los escasos dientes, amarillentos como el teclado del armonio del templo, entre los dientes roñosos y deteriorados, la oración va pasando, y como lana de vellón entre zarzas, va dejando prendidos algunos copos. Es apenas como un zumbido de abejorro dentro de la corola de una rozagante chocolatera. El Cura reza, mientras los pájaros indisciplinados se desternillan, cantando, en los ramajes espolvoreados de oro por el sol poniente. Hay mariposas, muchas mariposas, enjambres de mariposas que vuelan al redor de los frondosos haces de lirios, sobre las espesas manchas de borraja. Una, un soberbio pavón de alas de terciopelo recamado de filigranas, llega hasta donde el Cura reza, y ahí se está, un instante, sacudiendo, nervioso, las anchas alas. De pronto, describiendo una curva, salta hasta las manos del Cura, y se queda, esta vez, inmóvil, fijo, plegadas las alas. El Cura, que es hermanito del Seráfico San Francisco de Asís, y que llama «hermanos» a los seres

y a las cosas, contempla con ojos filiales, con ojos húmedos de ternura, a «la hermana mariposa», y la deja tranquila, ahí donde está, clavada al borde del breviario, como un broche de gemas rutilantes.

Por el camino blanquecino va pasando una carreta entoldada. El porraqueo de las ruedas en los baches y carriles, apaga, un instante, el rumor de vida del cementerio. No se oye a los sinsontes, que ritornan en un chaparro de chichicaste, cuyas ojotas rugosas cobran, al reflejo solar, vivido titilar de escamas. No se oye, a la parva de guacachilas que alborota entre las pencas de los piñales. No se oye a la gustumona, que en lo alto de un guachipilín despiden con sus arrullos al día que se va y saluda a la noche que se avecina, misteriosa, de puntillas, arrastrando sus crespones de viuda. No se oye al grillo que inicia su agria sonata bajo unas piedras musgosas. No se oye, tampoco, el leve crujido de las hojas secas que remueve el arrastre de alguna cautelosa sabandija. La carreta pasa. Se aleja. A la vuelta de un recodo del camino, entre los follajes polvosos, se pierde su toldo de cuero de res. Se apaga el porraqueo de sus ruedas en los baches y carriles. La mariposa ha volado. Allí se ha ido, a posarse en el filo del recio embudo de un floripondio, a embriagarse en el aliento capitoso de la solanácea. El buen hermanito del Seráfico San Francisco de Asís, la ha visto irse, con honda melancolía; la ha visto detenerse en la peligrosa flor, como en el vestíbulo de un antro de perdición. Ha suspirado, pensando en «la hermanita» que se desearría. El alma del Cura es frágil y sonora, como un cristal de bazar. Sus labios marchitos, sus labios inconsistentes, se agitan por última vez. ¿Pedirán acaso al Señor que está en los cielos, y que lo observa todo, pedirá a ese Ser, todo bondad, todo ternura, que vele por aquella desgraciada errabunda? El Cura cierra su breviario, forrado de pana negra. Toma su sombrero de teja, y se lo pone. Se incorpora. Alguna brizna de hierba, alguna magullada florecilla, se prenden al paño del raído balandrán. El Cura avienta una y otra de un papirotazo. Y descendiendo, despacioso del altozano, cruza de nuevo por enmedio de las cruces diseminadas del cementerio. Al trasponer la puerta, se vuelve, y con gesto rápido, se santigua. El altozano aparece en el fondo, desdibujado, borroso. En el fastigio de los cerros que cierran el horizonte, el sol ha dejado, apenas, una tenue orla de tremante cobre. En el tronco de un amate descuajarginado, un escuerzo invisible hace rechinar su torno de madera. El Cura, pian, piano, regresa al Convento. La vieja criada espera, impaciente. Los guisos humean en la mesa, cubierta de almidonado mantel de rojas guardas. Una lámpara de gas arde, apestosa. El Cura llega, deja el balandrán y la teja y va a la mesa. El Cura come, silencioso. Es de parco yantar. Enguete, apenas,



EL CURA VA DE PASEO

dos, tres cucharadas de jugo de carne; la orilla de una dorada costilla de ternero; un poquín de aromoso arroz con quilitos; una rodajita de pasta de membrillo, y con el último sorbo del café, el buen hermanito de San Francisco de Asís, tan sobrio en el comer, comete un pecado, ¡gran pecado! El santo varón, saca su petaca, una petaca toda recamada de turbia mostacilla, y destapándola, extrae de ella un puro. ¡Con qué pecaminosa fruición lo despunta, con los dientes, e incorporándose se inclina hacia la lámpara, para encenderlo por sobre el tubo, en la llama del gas! El Cura, se queda de una vez en pie. Sin abandonar el puro, se ha perseguido, prestamente. Ha musitado las gracias al Señor. Luego, dirigiéndose al corredor exterior del Convento, comienza a pasearse de un extremo al otro. El puro humea en sus labios, como una chimenea. Por la plaza del pueblo, que está completamente a oscuras, se entrecruzan algunos bultos. En la esquina del atrio de la iglesia, arde, en su poste, un farol. La llama apenas alumbraba. Es un débil manchón cobrizo sobre el muro encajado de la portada, y nada más. Los árboles, que circundan y dan sombra a la pila pública, recortan las siluetas de sus copas, en intenso borron, sobre el fondo del cielo. Apenas se distingue el Cabildo. Es una sola mancha imprecisa. El ranchario del mercado, es una laguneta de betún. El Cura ha terminado su paseo. Es ya la hora de retirarse a su habitación. En esta habitación, de encajadas paredes y de techo cruzado por toscas vigas descubiertas, hay, en un rincón, dentro de su camarín de cristales, un crucifijo de marfil y ébano, de tamaño más que regular. La anatomía del Cristo es de un verismo espeluznante. La sangre que corre en hilos por su rostro macilento, que se coagula en pegotes en los hundidos costados, parece de lacre. A los pies de la imagen, arde una mariposa de aceite. El vacilante reflejo de la llama presta al desvaído marfil del Cristo, livores espectrales. En un vaso, a la vera de la llamita, se amustia un ramito de barbonas azufrosas. Hay, además, un armario. Un estante de pino con unos cuantos libros. Hay, ante todo, una hamaca de pita, pendiente de sus argollas de hierro. El Cura se despoja de su sotana, y se queda en mangas de camisa, en pantalones de dril. En esta traza, busca en la hamaca el verdadero descanso. El silencio de la noche, la quietud de la estancia, es apenas alterado por el agrio chirrido de las argollas. Y ahí se queda el Cura, siguiendo los caprichosos giros, las frágiles volutas del humo de su puro, hasta que el despertador de la mesa de noche, marca las diez. Entonces se levanta, da una vuelta de inspección al redor de la estancia. Corre la falleba de una ventana, atranca una puerta, echa llave a un armario. En seguida va a su reclinatorio, y ante el Cristo desangrado, reza sus oraciones. Una vez concluidas se desviste, calmamente, y se mete, tranquilamente, en la cama. Extingue la vela. Se le oye dar vueltas. Se le oye resoplar. Luego nada. Instantes después un sonoro, un estruendoso roncar se inicia, que durará hasta el amanecer, incesante, sin bajar de diapasón. El buen Cura, el humilde hermanito del Seráfico San Francisco, duerme como un bendito.

ARTURO AMBROGI.

San Salvador.

DIBUJOS DE SIRIO.

Gente nueva



Vamos adquiriendo lentamente nuestros valores morales. Tenemos un poeta más. Y esto es mucho.

Los poetas no descendían a tratar de ciertas cosas porque las consideraban comunes. En cambio nuestra poesía era la que se llenaba de lugares comunes. Entre ellos coloco *las estrellas, la luna, el jardín, el crepúsculo* de todos los colores, y esto debía de cansar. La retórica del verso añadía a tanta pobreza, la pobreza de sus reglas tiradas a cordel sobre el idioma como la *línea municipal* sobre la edificación. El poeta que dignificara las cosas pequeñas y le quitara el veto de prosaicas con que las habían cubierto los clásicos mientras empobrecían el léxico cargando de sobra su preferencia sobre otros conceptos y giros del decir que acababan fácilmente en cursis y tilingos, debía llegar en este momento de liberación para las letras americanas, cuando hasta nuestra pobre herencia espiritual de los Flores y los Acuña pasaban de moda con el «dulce frenesi, el proceloso océano y el cierzo helado».

Uno de esos nuevos emotivos que sacan la inspiración de la vida prosaica que nos rodea, es Fernández Moreno. Es de los pocos escritores que no vive de elementos poéticos prestados, lo que sorprende cuando aspiran a ser originales muchos traductores que el país acepta como propios, apurado en crear valores subjetivos y en exteriorizar una cultura que «queda bien». Me es grato, pues, dada su sinceridad, escribir estas líneas que sirven de dintel a la persona del poeta



que amará luego el lector en sus versos, convencido de que Fernández Moreno es un ejemplo de creación poética para los que leen y sienten reparos muy justos ante una cosa que se les da como poesía, que llaman algunos «ambrosía de los dioses» y que no se atreven (ni aun los dioses) a tildar de buena. Fernández Moreno nos beneficia y bonifica con sus versos humanos y sencillos. Nos lleva su estrofa de la mano hacia lo humilde que



La vaca muerta

Lentamente venía la vaca bermeja,
por el campo verde todo lleno de agua...
Lentamente venía... Los ojos, muy tristes,
la cabeza, baja,
y colgando del húmedo morro
un hilo de baba.
Enferma venía la buena, la útil,
la única, de la pobre chacra.
— ¡Hazla correr, hombre! —
la mujer gritaba
al viejo marido,
— ¡Que viene empastada! —
Y el viejo marido
los brazos subía y bajaba
y la vaca corrió como pudo,
los ojos más tristes, la cabeza baja.
Junto a un alambrado,
salpicando el agua,
cayó muerta la vaca bermeja...
El viejo y la vieja lloraban.
Y vino un vecino
con una cuchilla afilada,
y en el vientre redondo y sonoro
dió una puñalada.
Un poco de espuma
de un verde muy claro de alfalfa,
surgió de la herida; y el docto vecino,
después de profunda mirada,
acabó sentencioso: — La carne está buena;
hay que aprovecharla... —
Los cielos estaban color de ceniza;
el viejo y la vieja lloraban...



Desde el tren

Desde la plataforma polvorienta del tren,
a derecha y a izquierda, la mirada se pierde
sobre un rugoso monte de espinillo y caldén.
Una mancha de arena, otra mancha de verde

y cada cuatro leguas, el monótono andén
de una estación igual que la estación pasada.
Un nombre primitivo suena bastante bien:
Hucal, Guatraché, Realicó, Quetrequén...

Un jefe gris y un enorme gendarme
con la cara tostada.

El poeta Fernández Moreno



encierra como la hipotética estrella una chispa del divino concepto de la eternidad, puesto que ocupa un rincón en nuestra vida como el astro un rincón del cielo. Es un camino lógico el que seguimos en su poesía. Vamos de lo humano a lo divino, de lo natural a lo irreal, sin esfuerzo, teniendo por vehículo a las cosas pequeñas y prosaicas de las que somos, en la lucha ardua y anónima de todos los días, filosóficamente tan afines.

Moreas hacía sus versos caminando. Como este griego, Fernández Moreno se apoya para andar en sus propios versos. Sin preocuparse de cómo van vestidos sus contemporáneos, le encanta la modestia de los indiferentes y la tranquilidad de la edificación perentoria de esta ciudad que crece lentamente en los alrededores. Por su amor a nuestra ciudad y sus elementos decorativos, su poesía se parece a la de Jules Romains, el cantor de las ciudades modernas y tentaculares, muy lejos, por supuesto, del estro del silencio de Rodembach o de los poemas de Verhaeren, ante la magnífica soledad de los burgos flamencos.

Es un poeta Fernández Moreno. No es un doctor en versos. Esto exige una aclaración frente a tantos doctores. Nuestro poeta es médico, de la misma manera que Eduardo Wilde, sagaz espíritu de observación y de ironía, lo fuera, y a quien se parece tanto este clínico lírico de las pobres cosas de nuestra vida exterior y única...

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI.

DIBUJOS DE ÁLVAREZ.



Barrio característico

Una pereza gris de mayores
se dobla vulgarmente en las esquinas.

Abren su boca negra y pegajosa
los almacenes y las fiambrerías.

En frente, en un portal, un viejecito
mesa sus barbas sucias y judías,
junto a cuatro paquetes de cigarros
y un par de números de la lotería.

Fachadas de ladrillos,
cercos de cina-cina...

Es hermoso, de noche,
ver huir calle abajo, los tranvías,
con un polvo de estrellas en las ruedas
y en la punta del trole, una estrellita.

Los Héroes de la Epopeya



La Madrid

El Ariosto no soñó paladín más fantástico y valiente. Los romances caballerescos no tienen una figura tan épica y temeraria. Nació, como dijo un general argentino en el panegírico de su vida, «para iluminar la historia con los relámpagos de su espada.»

Los campos de la independencia vieronle pasar poseído de lo que alguien llamó «el delirio del combate». Sableador infatigable del enemigo, decía el general Díaz, antes de Caseros, cuando ya llevaba cuarenta años de aquel guerrear legendario a vanguardia: «Si hay alguna refriega, pido al general en jefe que me haga el favor de no darme ninguna colocación en que sea preciso esperar para pelear, porque si me obliga a permanecer a pie firme, después que se haya disparado el primer tiro, o dado la primera carga, se expondrá a que yo dé en el ejército un ejemplo de insubordinación.»

...Y ya habían nevado cincuenta y siete años sobre su frente. Y tenía el cuerpo acibillado de heridas. Y había buscado desesperadamente la muerte, en cien combates.

Decíase de él y del coronel Zelaya — otro valiente — que eran las primeras espadas de la caballería argentina. No hay una sola de las acciones de guerra en que el general La Madrid intervino, que no pudiera ser motivo de un bajo relieve magistral.

En los ingenios de Culpina, a inmediaciones del río Pilcomayo, su arrojo toma los contornos de la fantasía. Espera al enemigo, que se adelanta en número de 600 hombres, con un puñado de soldados. Al primer tiroteo su combinación táctica es desbaratada. Entonces carga con 10 de sus hombres. Rechazado, vuelve a arengar a sus pocos fieles, hace tocar a *degüello* y ataca nuevamente. El enemigo cala bayoneta y espera el choque, con su primera línea rodilla en tierra. Casi todos vuelven caras, ante las descargas de fusilería, sin llegar al encuentro del arma blanca. Solamente La Madrid, con tres soldados que le siguen, aviva espuela, sin cuidarse de los que huyen y caen, envueltos en el humo de las descargas, llegan, chocan, sablean la línea, se abren paso con poderoso esfuerzo y aparecen después a retaguardia de los contrarios, levantando La Madrid, en la punta del sable, un pañuelo con los colores de la bandera argentina, como señal de reunión de los dispersos.

Y esto no fué todo. La Madrid, furioso, era como un jabalí acosado. Necesitaba vencer o morir. Los contrarios, sin perseguirle, se mueven en socorro de una guardia suya que ha sido atacada por los indios de Camargo. La Madrid, rehecho con los suyos, se opone a aquel movimiento y carga por tercera vez. Los jinetes se corren por los flancos sin chocar y el heroísmo tucumano es el único que se estrella contra las bayonetas, dejando su caballo muerto de cinco balazos y tres bayonetazos, al pie de la fila enemiga.

Los mismos oficiales españoles se asombran de aquel valor. Gritan: «¡Alto el fuego! ¡No lo maten!» Entretanto, La Madrid corre por el campo, sable en mano, los ojos arrojando chispas de fiebre heroica y buscando el punto más débil del batallón contrario, para echarse sobre él y abismarse sólo en la muerte, ávido de un ensueño inmenso de gloria y desesperación... Pero dos de sus soldados, que comprenden aquel pensamiento,

con el ágil golpe de su astucia gaucha pasan volando en sus potros, al costado de su jefe, y tomándole ambos por los faldones de la casaca y el corbatín súbenle en ancas y se lo llevan con la rapidez de una centella.

En la derrota del río San Juan es sublime verle arrojar el último a las aguas corrientes del río, defendiendo como Bayardo, en el puente de Garigliano, la retirada de sus tropas.

¿Y en el Tala?... ¿Qué guerrero de las antiguas leyendas puede establecer paralelo con aquel episodio de su vida?... Facundo Quiroga tenía fuerzas cuatro veces superiores. La Madrid contaba con unos escuadrones de milicianos, 50 infantes y su espada. Empeñada la acción, sus proezas empiezan a iluminar el cuadro. Los «Colorados» de Quiroga son arrollados y perseguidos. La infantería queda haciendo pie. Quiere cargarla La Madrid, y al no ser obedecido increpa a sus jinetes y se arroja solo, en impetuoso anhelo sobre los gauchos de Facundo. Hierde a diestra y siniestra. Pero le matan el caballo. Carga a pie. Su sable describe molinetes sangrientos. Siéntese herido y redobla sus golpes. Acuchilla sin cesar. Y cuando su brazo ya se dobla bajo la superioridad del enemigo, y la hoja de su sable se rompe, y su cráneo ha sido partido a sablazos, y la sangre le baña el rostro, y las bayonetas rasgan sus carnes, cae, con intermitentes accesos de ira no domada todavía. Y los adversarios, ya en el suelo, dispáranle el tiro de gracia, quemándole el rostro con el fogonazo... Poco después Facundo, victorioso, busca el cadáver de su rival, por el campo. Y sólo encuentra sus prendas militares desgarradas, y una hoja de sable, quebrada y llena de sangre y melladuras.

La Madrid había sido hallado por su asistente,



entre unas breñas, cubierto de heridas, mutilado, con la fatigosa respiración de la agonía. Exhalaba una especie de ronquido, de estertor, y de rato en rato, con esfuerzo imprevisto bramaba: «¡No me rindo! ¡No me rindo!» Su mano apretaba una empuñadura de sable con la hoja rota...

Este era el héroe cuyo renombre corría todas las provincias del interior, durante la época de la tiranía. El paladín que vencido en Rodeo del Medio, deshechas sus tropas, perseguidas por fuerzas superiores, se precipita sobre ellas, como en tiempos de la independencia, y formándolas bajo los fuegos enemigos, se retira con ellas en orden.

Este es el guerrero de una causa redentora, que en días infaustos, huyendo del tirano Rosas, cruzaba los Andes para buscar la protección extranjera, durmiendo bajo el manto de nieve de la cordillera, con su glorioso bagaje de heridas.

Este es el personaje a quien adoraba el gauchaje tucumano. Corriendo a su paso, para enseñárselo a sus hijos. Comentando sus hazañas en las veladas del fogón; circulando la versión de que para mantener la cabeza en posición normal, insegura por formidable hachazo, usaba al cuello un corbatín de cuero. O sino, expiándole, como los habitantes de San Felipe, en Aconcagua, cuando se sentaba en la alameda, para cerciorarse de si efectivamente el general La Madrid tenía el cráneo cubierto con un pedazo de mate, por haberle sido cortado en uno de los hechos de armas que constituían su legendaria aureola. ¡Ese era el general La Madrid!... Cantado en las guitarras y celebrado en los campamentos. Y al que atajaban los provincianos, en 1826, cuando se alejaba hacia Buenos Aires, por haberle negado la entrada el gobernador Laguna, de Tucumán, coreándole vidualitas como ésta:

«La Madrid se va para abajo,
no le dejemos pasar,
reunámonos, paisanitos,
que a la fuerza se hai quedar.

Ni preso quieren que dentre
a su pueblo desgraciado.
¡En premio de sus servicios
bonito pago le han dado!

¡Año y cuatro meses hace
muerto lo vimos pasar!
¿Quién pensaba, paisanitos,
que así le habían de pagar?»

¿No parecen, estas coplas, versos del romance antiguo? El mismo general dice en sus memorias, refiriéndose a la acción del Tala:

«Recibí quince heridas de sable; en la cabeza once, dos en la oreja derecha y una en la nariz, que me la volteó sobre el labio, y un corte en el lagarto del brazo izquierdo y más un bayonetazo en la paletilla, junto con el cual me habían disparado el tiro para despenarme, ya tendido en el suelo. Después de esto, me pisotearon con los caballos, me dieron de culatazos y siguieron su marcha...

¿No parece el general La Madrid un paladín extraño, como lo son, en viejos ciclos caballerescos, Oliveros, Valdovinos o Reinaldos de Montalbán?

CLAUDIO R. PAEZ.

REFLEJOS DE NUESTRAS GLORIAS

LOS GRANADEROS A CABALLO

... Los Andes, envueltos en el sudario de sus nieves eternas, inclinaron los picachos para verles pasar... Iban, allá, en el fondo de hondonadas sombrías... Sigilosos. Con taciturnidad agresiva. Su mirar despedía fosforescencias extrañas y terribles, bajo la visera de los pesados morriones. Su mano izquierda tenía crispaturas insólitas sobre la empuñadura del sable, tras los pliegues del capote azul negro.

De día orillaban los más peligrosos abismos, se internaban en el misterio de las quebradas, sumergíanse en los desfiladeros, ascendían las cuestas ásperas y resbalosas. Por la noche dormían en el seno tenebroso de los valles o al borde de los precipicios, arrullados por el espantoso rodar de los torrentes...

¿Quiénes eran?... ¿de dónde venían?... ¿qué les reservaba el destino?... Los cóndores, vigilantes centinelas de la Cordillera, preguntánselo en sus jornadas de insomnio. El viento, incógnito colaborador, arremolinaba la ventisca al frente de su paso, como para ocultar sus designios. Las montañas parecían suspensas, ante aquella audacia inaudita. Se les fingían descendientes de una estirpe titánica, que intentaban renovar la epopeya olímpica de sus abuelos. Llevaban por guía una enseña celeste y blanca, que custodiaban con orgullo, como si fuera un jirón de cielo arrebatado en legendaria conquista. Tenían todos una misma talla, moral y física. Eran de estatura elevada; austeros, sobrios, imponentes. A la rojiza lumbre del vivac recordaban a aquellos gigantes guerreros de Auvèrnia que hacían temblar a los curtidos legionarios de César...

Pronto supieron las violadas soledades andinas del anhelo que les movía a la cruzada. Fué en Achupayas, con Lavalle, y en Las Coimas, con Neocoea, cuando se revelaron al relámpago heroico de sus aceros desnudos, en la rúbrica inmortal de la victoria.

¡Eran los «Granaderos a caballo»!... ¡los más intrépidos soldados del Ejército libertador!... Marchaban a vanguardia, rastreando el peligro y olfateando la aventura. Flanqueaban, en alto y difícil pasaje, los macizos de piedra, para iluminar con el verbo de la Revolución el alma de los pueblos aherrojados. Sus jefes y oficiales eran leones con uniforme militar. Llamábanse, Neocoea, Lavalle, Escalada, Suárez, Guido, Cajaraville, Melián, Zapiola, Díaz Vélez... Ellos, los Granaderos, tenían nombres de guerra... Venían de las riberas del Plata. Habían afilado a molejón sus largos y templados corvos, en horas de cuartel, y probado su filo en la hueste enemiga, cabe las barrancas del Paraná, una alborada plena de acción épica y notas de clarín...

... ¡Ah, cuán hermoso es, luego, forjar en el ensueño calenturiento de la emoción patriótica la visión de sus cargas legendarias!... Verles pasar haciendo chispear las piedras bajo el casco de sus potros. Ante la mirada de águila de su gran capitán; como la caballería de Murat en Marengo. Arrebatados por la violencia del huracán. Con centelleos de reflejos solares en las charreteras de oro y las dragones de plata de la oficialidad, y en las escamas de los barbiquestos y en los escudos de los morrones típicos. En alto los sables, como lenguas luminosas de una vorágine sublime...

¡Así les vió San Martín — su genio tutor — en Chacabuco y Maipo! ¡Así les vió Bolívar, en la tarde melancólica de Junín! ¡Así les vió Sucre, en la hora decisiva de Ayacucho!

LOS GAUCHOS DE GÜEMES

... Gauchos, nada más. Sin otra táctica que una perspicacia ingénita y la práctica del terreno en que operaban. Sin más armas que una terreta, un cuchillo enastado en un gajo del monte, o un sable arrebatado al enemigo. Y a veces el lazo. O las boleadoras. Y acaso el pesado rebenque, con la lonja enrollada al puño y utilizado como maza, en algún desesperado trance... Esa fué la muralla que salvó a la Revolución de Mayo, y con ella a la independencia de Sud América. Ese fué el baluarte inexpugnable de nuestro destino.

¡Los gauchos de Güemes!... Eran, en la intrincada serranía y en la selva enmarañada, el espectro terrible de la tierra hostil. Atacaban por sorpresa al enemigo, en impetuosa racha destructora, o lo fusilaban a discreción en inabarcables guerrillas. Singulares, fantásticos, con sus guardamontes como alas de murciélago, parecían y desaparecían, veloces, por los claros de los bosques o las sinuosas quebradas. La muerte y el espanto iban con ellos, contra las filas del invasor. Sus caballos, tan intuitivos como los dueños, parecían secundar esos chispazos de la epopeya buscando, con maravilloso instinto, la senda salvadora entre montes y barrancos, el vado de los arroyos o la salida de las cañadas.

Los «Dragones Infernales» eran gauchos uniformados con chaqueta y chiripá rojos. Los creó Güemes en contraposición a los «Ángeles» realistas del cura de Yavi. Y los venció, con ellos. En el chambergo negro usaban una pluma blanca de avestruz. Llevábanla también los demás gauchos, simbolizando con ella su lealtad a Güemes. Cuando no la tenían, colocaban en su lugar una flor de cortadera. Esa pluma blanca fué más allá de su reinado agreste. Entró en los salones, consagrada en el tema. La madre del general Güemes, en un baile en honor del general Belgrano, bailó el primer minué ostentando la blanca pluma en su peinado...

Aquella guerra extraordinaria fué un remolino de gloria. La patria contrajo con los humildes gauchos una sagrada deuda de gratitud. Y los invasores, destrozados y vencidos, emprendieron la retirada; acosados en sus flancos por las partidas volantes; con la obsesión perpetua del ímpetu surgente de la maraña y del fatal lazo serpentino sobre sus cabezas...

... ¡Así sucede en la vida de los pueblos! Hay días en que todo el porvenir de la nación depende del esfuerzo y la integridad de un determinado número de héroes anónimos. Días en que se nubla el horizonte, arrecian las adversidades, el desconcierto íntimo se acentúa y la misma noción del momento se extravía en el crebro; el fuego encendido en las aras del ideal doctrinario sufre acéagas vacilaciones, y el alma teme hasta la ráfaga traidora que se anuncia.

¡Estos son los grandes instantes!... Entonces surge un núcleo inadvertido, fuerza aislada, que la trama de los sucesos empuja, circunstancialmente, en escena hasta el primer término. Visión de aliento que aparece, como el fantasma de Maratón, en el punto más reñido y en el momento más culminante de la contienda. ¡Conjunto de siluetas predestinadas a la inmortalidad, que emergen del fondo, en brega confusa, y cuyos contornos no pueden precisarse sino cuando el tiempo ha serenado el curso de la vida y los astros empiezan a irradiar en el fondo del pasado!

Junio, 1916.

DIBUJO DE ALVAREZ.

JULIÁN DE CHARRAS.



ALVAREZ





LOS MUDOS por AMADO NERVO

Aquella tarde, en el paseo, llamó mi atención un grupo original.

Formábanlo una mujer, joven aún, como de treinta y cinco años, en cuyas sienes enortijábanse raros hilos de plata, y dos hombres como de treinta, altos, esbeltos, elegantes los tres.

La dama o señorita, parecíaseles en extremo. Hubiera sido ocioso preguntar si eran hermanos y hermana.

Marchaban, ella entre los dos, silenciosamente, tanto que, según pude observar durante largo rato, no cruzaron una sola palabra. Sus rostros impasibles, tenían no sé qué rigidez, en ellos, y en ella no sé qué expresión lejana y como nostálgica.

Ellos eran rubios, ella morena, con ojos negros, luminosos y tristes.

El extraño grupo no se apartó de mi imaginación durante buena parte de la noche.

No creo exagerar si digo que a costa suya y con ellos como esenciales personajes, forjé dos o tres novelas misteriosas y complicadas...

La realidad era, sin embargo, sencilla, como todas las realidades, y la supe pocos días después, en el salón de la marquesa de... donde en calidad de compatriota fui presentado a la mujer enigmática y estreché la diestra de sus hermanos si'enciosos.

Sencilla era la realidad, sí, y conmovedora; aquella mujer, hermana en efecto de los dos jóvenes (gemelos éstos y sordomudos) pertenecía a una opulenta familia de la provincia mejicana. Era la mayor de la casa y, huérfana de madre desde temprana edad, hacía sus veces con los dos hermanos impedidos.

Cuando su padre estuvo en trance de morir, llamóla a su lecho y díjole:

— «Hija mía, voy a hacerte una súplica, a pedirte un sacrificio, acaso muy grande: Tú sabes cuanto quiero a Pedro y a Juan y como me inquieta su suerte. ¿Qué va a ser de ellos con su enfermedad, con ese muro impenetrable que los separa de la sociedad de sus semejantes y los deja inermes ante la lucha por la vida? No te cases, hija mía, hasta que estés segura de que no necesitan de tí. ¿Quieres darme esta prueba de cariño, mi María, a fin de que yo muera en paz?»

Ella, rodeando suavemente con sus brazos la cabeza del moribundo, juró que así lo haría, y aceptó, con ese espíritu de sacrificio innato en nuestras mujeres hispano-americanas, la maternidad espiritual que se le confiaba.

Pasaron los años. La mamita era adorada por los hermanos mudos, celosos de su nunca desmentida solicitud, a un punto tal, que ni un instante se separaban de ella en las horas hábiles, e iban a su lado, como dos graves custodios, en los paseos y reuniones.

... Pero un día, el amor llamó al corazón de aquella mujer.

El pretendiente era bueno, rico, gallardo y la adoraba desde hacía tiempo, de lejos.

La mamita vaciló... Ciertamente sus hermanos aún no habían cumplido la mayor

edad y apenas podían valerse... pero aquel cariño era imperioso!

El, viéndola dudar, insistió. La pobre muchacha, ante las súplicas del hombre amado, debatíase penosamente. Al fin resolvió consultar con los mudos, recabar su consentimiento, pedirles que le devolviesen su derecho a ser feliz...

Mas apenas la hermosa mano alargada, la fina y noble mano figuró las primeras letras del usual alfabeto del abate de l'Epée, por medio del cual se entendían, los mudos palidecieron hasta la muerte, cayeron de rodillas a sus pies, asiéronse de sus ropas, y, con inarticulados y discordantes gritos de guturales ríspides y con ojos enormemente abiertos en que se leían la ira, el espanto, los celos, imploraron de la vestal que siguiese siéndolo hasta el fin...

Sus almas enfermas, medrosas y pueriles, temblaban convulsivamente en cada uno de los miembros de sus cuerpos.

María tuvo piedad... Cerró los ojos; irguió la cabeza; apretó con sus manos frías de angustia las manos convulsas y febriles de los gemelos... y éstos comprendieron con regocijado egoísmo de seres débiles, que estaban salvados, que el sacrificio se consumaba definitivamente...

Siguió el tiempo devanando su hilo misterioso, y aquella trinidad peregrina continuó, en aparente calma, por el sendero de la vida... no sin que en los ojos de ellos brillase el recelo a la menor mirada curiosa o tierna dirigida a María; no sin que los tristes y radiosos ojos de ella se clavasen de vez en cuando en una vaga e inaccesible lontananza, como para columbrar el Ideal perdido...

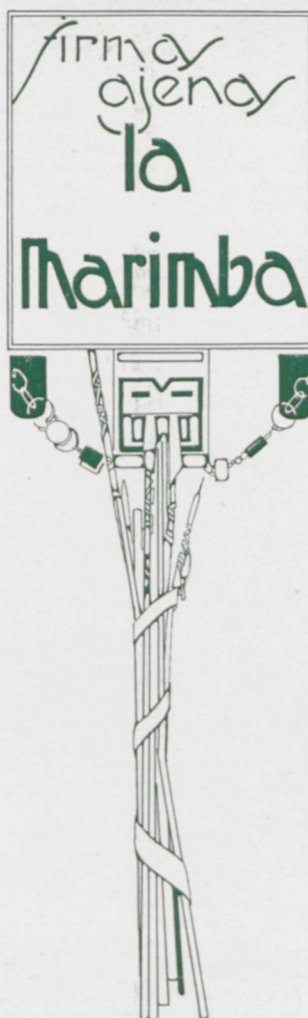
DIBUJO DE CONTRERAS.



Lentamente,
lentamente cual si fuera
una gota que cayera
desde el mármol de la taza de una fuente,
tal preludia la marimba una extraña sinfonía
saturada de amargura y de cruel melancolía
con sus teclas de madera...
Yo no sé que oscuro arcano
de tristeza hay en lo hondo
de esa música salvaje, que palpita allá en el fondo
de sus notas, como queja,
dolorosa,
como un gemido humano,
como algo que solloza,
como un dolor latente,
como algo inexplicable, infinitamente triste...

Es el alma de una raza, de una raza que no existe,
de una raza ya extinguida, libre, indómita y valiente.
Es el alma de Votán,
es el alma de Lempira
que en la música suspira,
es el alma de los indios que mandó Tecum-U-Mán
siempre, siempre a la victoria
siempre al triunfo y a la gloria;
es el alma brava y fuerte
de aquel fiero luchador
que encontró gloriosa muerte
en la punta de la lanza del feroz conquistador...
es la pobre raza extinta
del imperio cachiquel;
es la raza de aquel pueblo que dejó con sangre tinta
la antes clara linfa pura del gran río Xequijel.
Es el alma de la raza de los grandes sacrificios,
triunfadora en mil combates, triunfadora
hasta el día en que los teules con engaños y artificios
redujeron a ignominia...
a infamante vasallaje.

Esa raza es la que llora
que solloza de coraje,
de despecho y de impotencia en la música salvaje,
en la nota plañidera



del indígena instrumento de teclado de madera.
Escuchad la sinfonía
de cruel melancolía,
escuchad que sentimiento
el que vibra entre las notas del indígena instrumento;
nunca ríe, nunca canta,
es cual pájaro cautivo, que jamás cantó alegrías
ni jamás en su garganta
ha brotado más que el lloro
de sus tristes elegías,
en las frías,
soledades de sus cárceles de oro...

¡Qué le importa a la vencida
raza muerta vuestros dones, vuestra lengua
que no entiende? ¿Qué le importa que en el nombre
del Dios bueno, del Dios hombre
arrasárais sus altares, si para ella es mudo el cielo,
si es su vida
sólo oprobio, cautiverio, sólo mengua?

¿Qué le importa? Ya no es de ella el rico suelo
que regaron sus mayores, con su sangre generosa.
¿Qué le importa al indio eso
que llamáis pomposamente, libertades y progreso
si es del amo su cabaña y sus hijas y su esposa?
¿Qué le importa? si de aquella raza, libre, brava y fuerte
que sufrió sin inmutarse los tormentos y la muerte,
habéis hecho solamente los acémilas de carga
que se arrastran tristes, mudos, bajo el peso de su amarga
dura suerte!...
¡Oh! dejadla, que solloce, que se queje a su manera,
solamente le ha quedado su marimba de madera,
que le habla de sus tiempos victoriosos,
de sus templos y palacios de Inxinché y de Copán...
de su rey Kikab el grande, de su gran Valum-Votán,
de sus héroes de hierro, de sus épicos colosos
libres, grandes bajo el sol,
que infundieron la pavora,
por su arrojo y su bravura,
en el ánimo aguerrido del intrépido español.

FRANCISCO P. FIGUEROA.

DIBUJO DE ALONSO.



PSICOLOGÍA CALLEJERA
DIBUJO DE HUERGO

LO QUE PIENSAN TODOS
¡SI SE ROMPIERA LA CUERDA!

NUESTROS AUTORES.

Enrique García Velloso

De espíritu despierto, estudioso y trabajador infatigable, este autor nacional es uno de los que más se han destacado y, sin duda, el más fecundo. A él debe nuestra escena no pocos de sus triunfos y a sus actividades e iniciativas muchos de los beneficios de que hoy goza la estimable falange de escritores que han encauzado sus esfuerzos en pro del teatro argentino.

Dotado de un natural gracejo en el decir y de una memoria prodigiosa, es Enrique García Velloso un «causeur» amenísimo.

No es fácil hablar con él. Se lo dice todo. Hacerle un reportaje era, pues, cosa sencillísima. Bastaba abrir la llave...

— ¿...?

— He estrenado sesenta y tres obras de teatro; he escrito cinco libros de texto y tres novelas.

— ¿...?

— ¿Las obras de teatro? Representarán ciento cuarenta y cinco actos, en los que han intervenido unos mil y pico de personajes.

— ¿...?

— Sí; en la primera época del llamado teatro nacional, era imposible prescindir de Juan Daga... Así es que por muerte violenta habré hecho desaparecer más de treinta personajes.

— ¿...?

— Sí... sí... daga, trabuco, revólver, veneno, naufragio, hasta terremotos... De todas esas obras, tres fueron protestadas, en forma ruidosa y terrible. Las restantes llegaron cuando menos a veinte representaciones cada una; y las más afortunadas pasaron del centenar.

— ¿...?

— ¿Consecutivamente? «Jesús Nazareno», «El chiripá rojo» y «Cain», de la primera época, se representaron sin caer del cartel, setenta, cien y cincuenta y cinco noches, respectivamente.

— ¿...?

— ¿La obra que más dinero ha dado? «Gabino el Mayoral», que lleva más de mil representaciones. En seguida, «El Tango en París», «Fruta picada», «Eclipse de Sol» y «Mamá Culepina». Esta última, en sólo un mes, rindió cerca de ochenta mil pesos.

— ¿...?

— No he sacado la cuenta exactamente; pero entre las obras mal vendidas a perpetuidad y los derechos cobrados de acuerdo con el arancel de la Sociedad Argentina de Autores Dramáticos y la Sociedad de Autores de Madrid, habré percibido aproximadamente unos trescientos cincuenta mil pesos.

— ¿...?

— ¿Ahorrar? Ni un centavo. El dinero del teatro es como el dinero de las cocotas y el del cepillo del sacristán... Cantando se viene y cantando se va... En cambio, he sido afortunado en las interpretaciones. Han representado obras mías Thuillier, Tallaví, García Ortega, Balaguer, Rubio, Bonafé, Rosario Pino, Mercedes Pérez de Vargas, Irene Alba, María Palau, Concepción Catalá, Adela Carbone, entre los artistas españoles de comedia; Juárez, Julio Ruiz, Pepe Riquelme, Palmada, Lola Millanes, Matilde Pretel, Amalia

Colón, Angeles Montilla, entre los de zarzuela. De los artistas nacionales, todos los de la vieja época y de la presente. Mis mejores éxitos los he compartido con Parravicini y con los hermanos Podestá. Me tocó casi siempre inaugurar las temporadas. En el Rivadavia, hoy Moderno, con «Cain»; en el Nacional, tres veces con «Los amores de la Virreyna», «Marta Cibelina» y «El zapato de cristal»; en el Argentino, con «Fruta picada» y «Mamá Culepina».

— ¿...?

— En todos los teatros de Buenos Aires, excepto la Opera, el Coliseo y el Politeama, se han representado producciones mías. Cuento también como expresión teatral la adaptación cinematográfica de la «Amalia», de Mármol, estrenada en el Colón.

— ¿...?

— La emoción más intensa que recuerdo, fué la del estreno de «Fruta picada», delante del primer público de España, en la Comedia de Madrid, emoción inolvidable que compartí con el admirado Parravicini.

— ¿...?

— Me gusta muy poco ensayar mis propias obras. Dejo librada la suerte de su interpretación, al destino «secreto» que cada estreno lleva consigo y acuerdo la más absoluta libertad a los directores de escena, cuando éstos tienen la pericia y el talento de Ezequiel Soria (con quien compartí mis primeros éxitos); de Joaquín de Vedia, cuya autoridad innegable está fuera de toda discusión; de Julio Sánchez Gargel, conocedor eximio de los misterios de entretelones; y de Roberto Payró, alejado hoy de nuestra actividad teatral, pero siempre cercano a nuestra admiración.

— ¿...?

— Hago crónicas de teatro desde 1896. Durante once años consecutivos en «El Tiempo»; luego, hasta que me fui a Europa, en «El Diario» y «Caras y Caretas»; y desde 1910, en «La Nación», donde comparto esas tareas con Juan Pablo Echagüe, José Ojeda y Arturo Cancela.

— ¿...?

— Escribo todos los días, cuatro horas por lo menos.

— ¿...?

— Hago primeramente la obra imaginativamente, sin tomar otro apunte que la lista de los personajes, que es lo que más me cuesta hacer. Cuando me pongo a escribir, podría dictar las escenas, de tal manera la creación quedó ordenada en sus efectos y en sus situaciones fundamentales.

— ¿...?

— ¿Supersticioso? Hasta la demencia. Voy a los estrenos cargado de amuletos y no escribo para el teatro sin tener junto a mi tintero una imagen de coral que me bendijo el Papa en la Sala Clementina en 1910. Esta imagen me la olvidé últimamente en Madrid y por recuperarla, hice un complicado viaje desde París y hasta obligué al editor Sopena a perder el vapor que debíamos tomar en Barcelona... Un caso de manicomio...

Como verá el lector, García Velloso lo ha dicho todo. El repórter sólo tiene que firmar.

EL DOCTOR MISTERIO.



VISITANDO EL ESTUDIO DE BENLLIURE. — PARRAVICINI, EL CÓNSUL DE PORTUGAL EN MADRID, MARIANO BENLLIURE (HIJO), ENRIQUE GARCÍA VELLOSO, TITTA RUFFO, MARIANO BENLLIURE, VICENTE MARTÍNEZ CUITIÑO Y LUIS MOROTE



Madame de L'Ile

Los pueblos de los alrededores de París, viven su vida propia. Todos tienen héroes populares que duran levemente un día. La misma guerra pasa sin ser sentida; pero, en cambio, algo de lo que pasa, o no pasa, en el pueblo, entretiene la exagerada curiosidad de los demás. Hace un tiempo, aquí en Chatou, cuando se supo que Rochette, el banquero y malabarista, tenía un pariente en la localidad, un viejo desconocido pasó de pronto de la gacetilla comunal a la historia. El suegro de Rochette fué, para Chatou, lo que Rochette para París.

Una batalla más o menos, no interesa a los buenos franceses de mi pueblo, a no ser por los hijos de Chatou muertos o heridos en ella. Una escaramuza, cobra el aspecto de una masacre si acierta a ser protagonista en ella el hijo de mi sirvienta o el hermano del alcalde. Pero la guerra, a pesar de su alcance universal, justo es decirlo, ha aburrido al vecindario. Hay hechos locales que nos interesan muchísimo más. Es el caso de Madame de L'Ile.

Dirá algún lector, que no soy un buen cronista, pues hago de casos particulares los temas generales de mis crónicas. Yo sólo puedo agregar, que lo que me parece interesante es digno de ser contado. Me hallo en la situación del diputado provincial que enarbó la bandera nacional a media asta en la municipalidad donde era comisionado del P. E.

— ¿Quién ha muerto? — preguntó un curioso al diputado que dejaba su despacho vestido de luto; y retirando el pañuelo que recogía sus lágrimas, respondió roncamente:

— ¡Mi suegra!...

La muerte de la suegra le significaba tanto como una pérdida nacional al desconsolado yerno. Madame de L'Ile, que vivía frente a mi casa y que acaban de llevarse al tranco de un jamelgo, mientras cantaba un sacristán y un monaguillo llevaba el viático como un estandarte, dará lugar a muchos comentarios del vecindario de Chatou. Y voy a decirlos cómo y por qué, puesto que no sería difícil que lo que parece ser gracioso termine en una tragedia.

Monsieur y Madame de L'Ile, sexagenarios de común acuerdo, vivían frente a mi casa. Madame de L'Ile solía cruzar el camino para hacernos una visita. Era una vieja pequeña de estatura, pretenciosa en su tocado y que marchaba como una paloma, pasito a pasito. Al llegar, era muy amable siempre. Lo difícil y accidentadas eran sus despedidas. A mitad de la visita, pedía que tocaran el piano. Los primeros compases los escuchaba con satisfacción; pero de pronto, como un reloj al que se le iba la cuerda, Madame de L'Ile se descomponía. Se echaba a llorar con el llanto de un recién nacido. Era un lloro y un hipo al mismo tiempo. Su dama de compañía nos explicó, al fin, la causa. Madame de L'Ile tenía un hijo pianista con quien se disgustó, y la música se lo recordaba. Desde entonces, procuramos no ejecutar a nadie en el piano. Eso no fué óbice para que una tarde, al encender la luz del comedor, el mismo lloro de párvulo y las mismas convulsiones de antes la agitaran de nuevo. ¿Qué le pasa?, me dije. ¿Se acordará del músico? Algo muy semejante, en efecto, la consternaba. Su dama de compañía me ilustró de nuevo.

— Madame de L'Ile tiene una hija casada con

un fabricante de velas y con la que se halla enemistada. Cuando se prende la luz, el recuerdo de aquélla vuelve, y la entristece.

En una palabra, Madame de L'Ile, por cuatro causas distintas, lloraba en el mejor de los momentos. El recuerdo de sus hijos, con los que se hallaba distanciada, no le permitía vivir en paz. En la soledad de su quinta, extática, sin ánimo para andar, ha muerto. Pero, antes de seguir, debo agregar dos palabras al respecto de Monsieur de L'Ile.

El señor de L'Ile, cansado por la enfermedad incurable e intolerable de su esposa, ese lloro y ese hipo que le atacaban por momentos, o por otra causa que tengo a bien ignorar, se había entregado por entero al sport de la pesca. Con su caña, su red, su bidón, su paraguas y su traje alquitrinado, en la madrugada partía de su casa. El ruido de sus zuecos se oía escandalosamente entre el canto de los gallos y el silbato de las locomotoras en maniobras. A la tarde, la noche entrada, con su caña al hombro, su red, su bidón y su paraguas, dentro del negro traje alquitrinado, volvía de nuevo a su casa el señor de L'Ile. No se encendían luces en la casa, para evitar un motivo de disgusto a la señora. Se acostaba en la sombra del crepúsculo, y dejaba el lecho en las sombras de la madrugada. Esa era su vida. Antes de ayer, cuando volvió al oscurecer, a su quinta, encontró que su esposa había muerto.

Hoy, a las dos de la tarde, una serie de hombres oscuros rodearon la puerta de la casa. Varios vecinos asomaron las cabezas a las ventanas. Llegó un carro ligeramente fúnebre con varios aparatos de pino de tea, pintados en negro, y unos candelabros plateados. Con gestos de dolor, tan falsos como la plata de los candelabros y el ébano del pino de tea, transcurrieron todos los preliminares del transporte a la última y húmeda morada que es el cementerio de Chatou, al borde del Sena, cerca de donde el señor de L'Ile tira sus anzuelos y que durante las inundaciones de 1910 estuvo enteramente bajo del agua. Por fin, llegaron los clérigos y los monaguillos. Sacaron el cuerpo, y cuando todo el acompañamiento notaba con extrañeza que el señor de L'Ile no aparecía, arreglando su casquete y equipado como todos los días, con su caña, su red, su bidón y su paraguas, dentro del tétrico traje alquitrinado, haciendo sonar sus zuecos salió de la casa y se colocó, grave y ceremonioso, detrás del féretro.

La hilaridad del vecindario fué grande, y yo observé que uno de mis vecinos acercó a consultar al señor de L'Ile. Por los ademanes de éste, conocí su respuesta:

— Aprovecho lo cerca que está el cementerio del río, para irme luego a pescar.

Aun no ha vuelto el señor de L'Ile. Caen las primeras sombras del crepúsculo. Por la calle nadie pasa, y el memorable ruido de los zuecos del señor de L'Ile no se deja sentir. La doméstica ha alumbrado el gas de su casa. La luz se filtra victoriosa al través de los vidrios, y la ausencia del pescador no parece preocupar. Sin duda ha prolongado, falto ya de todo doméstico compromiso, la felicidad de pescar...

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI.

Chatou, 14 marzo 1916.



DIBUJOS DE CENTURIÓN



DEL TIEMPO VIEJO

A LA SALIDA DEL TEDÉUM

GOUACHE POR ALONSO



AQUÉL LO SABE.....

En sus ojos hundidos, como en piedra labrados,
apagó el desengaño la expresión de la vida;
y en sus labios bermejos, que el silencio sellara,
no tornó a dibujarse la insinuante sonrisa.

Los que entonces la vieron, sin saber de sus penas,
los que no conocieron sus locuras de niña,
los que no sospecharon que en los ojos aquellos,
en otrora el destello del amor refulgia
y que, un tiempo, en los labios que sellara el silencio
como rosas tempranas, florecieron sonrisas,
si un momento se dieron a pensar en la causa
que aquel rostro sombreaba de tristeza infinita,
no acertaron: los unos por que nunca supieron
comprender los dolores de las almas heridas
y los más, porque piensan que, al hablar de mujeres,
es "más hombre" quien usa la procaz ironía.

Y los unos dijeron: ¡Mujer dura, sin alma!
y los otros lanzaron la expresión compasiva:
¡Está enferma la pobre!- Pero todos erraron,
cuando, ufanos, creyeron descifrar el enigma.

■ ■ ■

Sólo un hombre, a quien lejos y en la noche callada,
de su triste conciencia los clamores herían,
recordaba los ojos como en piedra labrados
y los labios en donde florecieron sonrisas.....

¡Aquel hombre pudiera revelar el misterio
de ese rostro sombreado de tristeza infinita!

JUAN DE LA CRUZ FERRER.



El AGUA en el ZOOLOGICO.



LA DUCHA DE LOS CISNES



EL BAÑO DEL OSO BLANCO



Los fotógrafos de las revistas escriben poco y hablan menos; pero se fijan mucho, como la lechuza del cuento. Y se han apercebido que cuando entran en son de paisajistas al Jardín Zoológico, si van al encuentro del señor Onelli, que avanza rápido con sus pasitos cortos de peludo, en un momento dado éste desaparece, como si se lo hubiese tragado la tierra. Se malogra por lo tanto la misión, porque él sólo conoce cuáles son las horas y los efectos de luz en que, según su verba incomparable, aparecen pedazos de selvas misioneras, de villas clásicas, de bosquecitos sagrados frecuentados por ninfas y un determinado paraje donde ha repetido, con su gusto de humanista, las fuentes del Clitumno cantadas por Virgilio y por Byron.

Un domingo pasado fuimos unos cuantos; por eso íbamos en línea desplegada y, cuando hizo la acostumbrada gambeta, se topó cara a cara con uno, que esto escribe, diciéndole que queríamos sacar algunas buenas fotografías entre las que — para darle en el gusto — pedíamos que nos indicara el paisaje de la sugestiva y poética fuente.



UNA FUENTE BIZANTINA



EL PESCADOR, BAJO LA LLUVIA DE UN RIEGO



Y nos contestó que a fines de mayo los álamos piramidales habían perdido todas las hojas y, sin ellas, no había fuente de Clitumno que valiera.

Y descubrimos el secreto de su aversión por ciertas fotografías, cuando nuestro fotógrafo le manifestó que PLVS VLTRA exigía una nota novedosa del Jardín Zoológico.

«De acuerdo con ustedes, — nos dijo; — pues veo que no quieren repetir los clisés que no solamente han popularizado sino vulgarizado las bellezas de este paseo, y apesar de que lo bello es eternamente bello, esto puede llegar a hartar como lo mediocre y lo malo.

«Llegan en buen momento: en este pedacito de Palermo, como lo hacía Rosas en su vieja estancia con los naranjos, con una ducha de alta presión se están lavando ahora las copas de los coníferos bajos para dar más impresión de verdor a los muchos visitantes de la tarde. Tienen ustedes una nota incomparable de un sol de otoño que se infiltra con sus rayos de oro entre las gotas de plata que destilan brillantes entre las hojas y sobre los mármoles de los puntos más cuidados del paseo.»

Y el señor Onelli silbó como un apache: aparecieron al trote largo y cansado, de varios rumbos, tres guardianes vejancos; ordenó que se hicieran funcionar los motores de los pozos, y mientras íbamos pasando, en esa belleza apacible de un tibio día de otoño, murmuraban las aguas de las fuentes sus alegres y tímidas canciones, que sumisos repetían los arroyuelos mansos que corrían a los lagos, y la ducha de los cisnes, en medio del lago, daba de tiempo en tiempo los sonoros chasquidos de látigo como de un geyser que volatiliza agua y vapores.

Las aguas del Zoológico corrían pródigas en nuestro honor, pues el Júpiter - Neptuno - Orfeo que modestamente se oculta bajo el apellido Onelli, así lo había ordenado.

Era el cotidiano bautizo de una obra grande y hermosa, llevada a cabo por un hombre incansablemente sabio y trabajador. El agua del Plata caía como lluvia argentina sobre el Edén de los animales, que es al mismo tiempo el jardín encantado

de los niños donde vive el Pájaro Azul de las leyendas infantiles. Todo adquiriría mayor brillo y vida, cansando nuestros ojos a fuerza de belleza; todo espejeaba bajo el sol invernal, suave y tranquilo.

Onelli miraba con ojos cariñosos el trabajo de toda su vida, sonriendo porque lo juzga bueno. Y, maquinalmente, adoptó una actitud estatuaría. Pensamos en que allí, dentro de muchos lustros, deberá alzarse la efigie del creador de tantas maravillas.

El niño pescador, copia del bello grupo del Louvre, a pocos pasos de distancia, se veía como a través de un velo de bruma todo chispeante, todo iluminado por el sol, mientras los árboles destilaban sobre él espeso chaparrón de agua luminosa.

La ninfa del cuadrante solar, casto y clásico desnudo del escultor Lubary, bajo la luz meridiana adquiría fosforescencias extrañas, luciente su cuerpo bajo el mador de la lluvia que la envolvía serenamente y como enclaustrada entre el marco sombrío de cipreses solemnes.

Más allá, en un fondo oscuro de un cubil donde llegaba tan sólo un rayo de sol, éste iluminaba con sombras violentas la silueta de un oso blanco. «Así — dijimos — deben ser los claros de luna en las largas noches polares.»

Nos iba acompañando en la jira el chimpancé Bertoldo, alegre y travieso, y que parecía empeñarse en ser fotografiado, tomando agua en las varias fuentes por donde pasábamos; queríamos retratarlo y el director se empeñaba en que no; pues, según él, la nota debía ser solamente de las aguas en el Jardín Zoológico.

Por entre un bosquecito bajo y tupido, el susurro de cuya fronda no apagaba el murmullo de aguas cercanas, nos hizo bajar a la orilla de un lago, entrar en una canoa toda escondida entre los ibiscus y, después de dos golpes de remo, nos mostró orgulloso, por entre intercolumnios en ruinas, una fuente antigua dispuesta más bonitamente que el intercolumnio del parque Monceau, y nos dijo, con su eterno cigarrillo en la boca, y casi conmovido: «¡Así eran y así cantaban las fuentes de la antigua Bizancio!»

F. GALCERÁN.



«CUADRANTE SOLAR». — NINFA BAJO LOS RAYOS DE UN SOL DE ORO Y GOTAS DE PLATA

PÁGINAS

FEMENINAS



LOS ESPOSOS BOTET-VILLATE, CON SUS DESCENDIENTES, EL DÍA DE LA CELEBRACIÓN DE LAS BODAS DE DIAMANTE

Entre la importante serie de ceremonias nupciales con que se ha iniciado el movimiento social de la temporada, y la celebración de interesantísimos aniversarios, que nos ha prodigado tan generosamente el año actual, se han destacado con singular relieve dos suntuosísimas bodas: primero, las de los jóvenes esposos Peña Unzué-Alzaga, que revistieron un fausto y brillantez dignos de un acontecimiento principesco; luego, tras breve intervalo, la sociedad entera tributaba justo homenaje de respeto y de cariño a los venerables esposos Botet-Villate, quienes, rodeados de sus numerosos descendientes, han alcanzado a celebrar sus bodas de diamante...

La misa oficiada en acción de gracias por el solemne acontecimiento, y la recepción ofrecida en la magnífica residencia de la familia de Villate, congregaron a los elementos más respetables y representativos de nuestra sociedad: jamás se ha visto profusión de flores semejante, ni creo que ninguna joven desposada, haya recibido la cantidad de artísticas «corbeilles» que llenaban esa tarde los salones, amplio hall, y hasta la terraza de la elegante morada de don Adolfo Villate y su esposa: la baranda de la escalera que conduce al piso alto, desaparecía también bajo el primaveral decorado, al que habían contribuido sin duda todos los invernáculos que encierzan colecciones dignas de feéricos dominios...

Entrando a la derecha del vasto hall, se erguía el suntuoso canastillo enviado por las Damas de Beneficencia de Buenos Aires, a su respetada compañera: sobre enorme mazo de claveles y azulejos blancos, resaltaba un artístico lazo de lana de plata y de oro, unidos ambos tejidos por hilos de strass, simbolizando tan primorosa combinación, las tres excepcionales fechas: las bodas de plata, de oro y de diamante...

Jazmines del país, madreselvas y violetas del año 1856... ¿quién os hubiera dicho, que sesenta años más tarde, habrían de cosecharse fantásticas orquídeas, soberbios claveles y azulejos, para agasajar con tan intenso afecto, a aquella juvenil pareja, en cuyo corazón perdura el perfumado recuerdo de las modestas flores que les acompañaron, al iniciar la prolongada y serena senda de su vida?... Vida de ejemplo y abnegación sin límites, cultivando la honrosa tradición de su abolengo, ostentando con justo orgullo en una de las vitrinas de su sala, el escudo de la noble casa de los Alvarez, mientras que en el sitio de honor, admiramos todas la hermosa y alegórica placa ofrecida por sus descendientes, a los que han sabido inspirarles tanta veneración como cariño... Hasta los interesantes retratos de familia, vestidos con las galas de medio siglo atrás, parecían cobrar animación al presenciar el homenaje rendido a los com-



EL MATRIMONIO PEÑA UNZUÉ-ALZAGA, AL SALIR DEL TEMPLO DE SAN AGUSTÍN, DESPUÉS DE CELEBRADA LA CEREMONIA

pañeros de su juventud, por tres generaciones...

He comparado con un acontecimiento principesco, la efectuada boda de doña Elena Peña Unzué, esposa hoy de don Félix de Alzaga, y así lo fué, en todos sus detalles... Muy difícil nos será admirar una desposada tan delicadamente bella y elegante, ni un séquito semejante al que la acompañaba; una fastuosa corte no habría podido reunir más hermosas mujeres, ataviadas con una suntuosidad, superada sólo por su exquisito buen gusto, y luciendo joyas, realmente maravillosas...

La delicada reserva de ambas familias, hizo omitir la publicación de todos los obsequios recibidos por los novios; en joyas solamente, podrían sumarse varias fortunas... No puedo dejar de mencionar la maravillosa alhaja ofrecida por doña María Unzué de Alvear, y que fué adquirida a pedido suyo, en Europa, por doña Josefina de Alvear de Errázuriz; forma dicha alhaja, un delantero de corpiño de deslumbradora pedería, del que cuelga un brillante tan enorme, que fué comparado con el Gran Mogol; la gargantilla de terciopelo ofrecida por don Saturnino Unzué y su señora, luce otro magnífico brillante tallado en forma de pera; la soberbia diadema de brillantes y turquesas ofrecida por los hermanos del novio, y luego el brazalete formado por curiosas «navettes» de brillantes, combinadas con rubíes, obsequio de doña Concepción Unzué de Casares, me recordaron los fabulosos tesoros de las Mil y una Noches...

Huetel, la magnífica finca de la señora Unzué de Casares, fué la residencia elegida por los novios para iniciar en ella su nueva vida, y donde les esperaba la más suntuosa de las hospitalidades: un solo detalle baste para enterar a mis lectoras... Logré deslizarme hasta el comedor, donde pude admirar una mesa redonda, cubierta por mantelería digna de un palacio encantado, ya que me parecía hallarme en los dominios de las hadas... De la araña central pendía una campana atada con cintas blancas y guías de azahares que caían sobre la mesa; al menor movimiento, se entreabrían las blancas cintas, y los tenues sonidos de la campana parecían anunciar como el toque de alba de la dicha, para la encantadora pareja que acababa de llegar a la señorial residencia, augurándole larga y serena vida... Quiera su destino reservarle prolongados años de existencia, y que la misma campana, cubierta por la plateada escarcha de los años, haga oír sus tenues vibraciones, a través del tiempo, para celebrar, como los esposos Botet-Villate, las legendarias bodas de diamante...

LA DAMA DUENDE.



ESTANCIA «HUETEL», RESIDENCIA DE LOS DESPOSADOS

Fotografía tomada por la señorita Magdalena García Calvo. — Publicación autorizada por doña Concepción Unzué de Casares.



NELSON

La Inglaterra puede, con justicia, exhibir la figura de Nelson como la de su gran hombre de guerra. Los monumentos simbólicos que todas sus grandes ciudades tienen erigidos, en recuerdo de sus tiempos estu-
pendos; los himnos conmemorativos de sus poetas, cantando las proezas de su héroe de los mares; el legítimo orgullo del cual hace gala todo ciudadano británico al evocar el solo nombre de Nelson, tantos honores y tantas loas, apenas compensan la gloria inmensa que las acciones del prócer hicieron refluir sobre el Reino Unido, consagrando desde ese instante el predominio de los mares conocido hasta el presente que ejerce sin rival.

Los fastos de la Historia guerrera de la Inglaterra no son ricos en la presentación de grandes figuras militares. Nelson y Wellington constituyen — a no dudarlo — sus dos personalidades sobresalientes. Pero el vencedor de Abukir aventaja al triunfador de Waterloo, con la superioridad indiscutible del genio sobre el hombre de talento; y es indudable que Nelson era un genio de los mares, tal así como Napoleón era el águila dominadora de los campos de batalla. Ambos aparecen iluminados con los destellos fulgurantes de sus inauditos triunfos; en un mismo momento de la historia; en un mismo continente del globo, a la cabeza de las fuerzas armadas de dos grandes naciones, eternamente rivales; señor de los mares el uno, soberano de la tierra el otro. Parecería — a veces — que la Providencia, en sus designios inescrutables, se hubiera propuesto que Napoleón trazara con su espada el nuevo mapa de Europa; pero con el contrapeso del despojo de los mares, cuyo señorío incontestable se lo adjudicaba, al mismo instante, al extraordinario caudillo de su invencible rival, la Inglaterra.

¡Ley de compensación; ley de ritmo; ley de justo equilibrio, si se quiere! Se da tanto como lo que se quita. Se entrega sin resistencia el dominio de la tierra, pero al precio de una renuncia irremisible del mar. Y el mar misterioso, movable, indomable, que la Providencia substraía a la pujanza de Napoleón, habrá de ser en manos de Nelson el arma terrible que pone en jaque continuo al poderío del gran corso, hasta tornarse — un día — en el cancerbero tétrico de su cruel deportación, en el día de la irreparable caída!

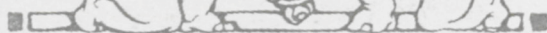
Todo se concita para hacer de Nelson una figura legendaria. Poseía el arrojo hasta el grado de temeridad asombrosa. Amaba la grandeza en cualquiera de sus manifestaciones, porque él mismo era grande cuando nada aún lo hacía sospechar. Conocía los mares como un Neptuno adolescente. Tenía el desprecio de la vida y nada le importaba el desgarramiento humano y las atrocidades de la guerra. Era estratégico sin maestro; y fué él el que inició la nueva táctica naval inglesa del desenvolvimiento de las escuadras en dos cuadros de ataque. Era fulminador como el rayo e implacable como una ley de la Naturaleza. Era, porque fué un predestinado surgido en la hora clásica de la historia del mundo, para hacer conocer a Napoleón, que las jactancias y vanidades de la tierra tienen un límite, y que ese límite lo forma ese otro mar insondable del futuro, que envuelve los altos designios de Dios. Por eso Nelson fué invencible en el mar, que simboliza los misterios del porvenir.

¡Abukir, Trafalgar!... Grandes nombres; grandes recuerdos; las páginas de oro de la historia de Albión; el tétrico tañido de la campana del destino que marca para la Francia las horas lúgubres de sus descabros inmensos en la aspiración fracasada del imperio de la tierra... ¡Y es Nelson el héroe incomparable, el que recoge sin disputa los méritos de esos dos grandes tiempos!

Se ha dicho alguna vez que la muerte es la condición de toda apoteosis. Aún esa fortuna corresponde a Nelson, que expira momentos después de saber que la victoria era suya, en la terrible contienda de Trafalgar.

Si grandes fueron los honores que la Inglaterra le discernió en vida, tras el grande triunfo de Abukir, la noticia de su muerte, conjuntamente con la de su gran victoria, hizo de su persona un culto, que la Inglaterra mantiene solícita para con su hijo excepcional, desaparecido en el instante mismo que le daba su gloria más pura y más santa.

LEONOR PIÑERO STEGMANN.



AIMONS-NOUS

O mes sœurs aimons-nous, aimons-nous, ô mes frères
Nous sommes pour un jour ensemble sur la terre.
— Comment ne pas aimer celui qui doit mourir
Et pourquoi nous créer des ombres repentins?
O mes sœurs aimons-nous, aimons-nous, ô mes frères;

Gardons-nous d'ajouter des peines à nos peines.
Si l'amour ne peut rien parfois dans les douleurs;
Dites, l'Indifférence, et vous, l'horrible Haine,
Est-ce que vous pourrez adoucir nos malheurs?
Gardons-nous d'ajouter des peines à nos peines!

Vous qui m'avez donné tant d'amour sur la terre,
Vous qui m'avez donné tous les amours, Seigneur,
Delivrez-moi des mots et des pensées amères.
D'écouter sans tendresse et des regards sans cœur.
Vous qui m'avez donné tant d'amour sur la terre!

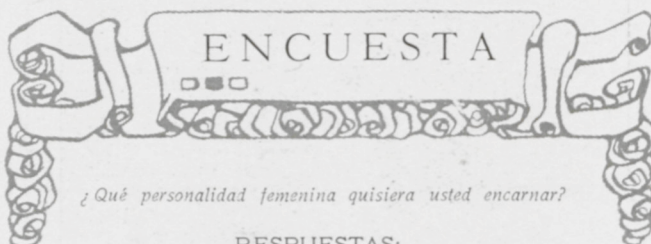
Pardonnez-moi tout mot qui ne soit pas d'amour,
Toute pensée aussi, tout sentiment trop lourd,
Pour monter, jusqu'à Vous, pour entourer mes frères
D'une ombre bienfaisante et pure en son mystère.
Pardonnez-moi tout mot qui ne soit pas d'amour!

Partageons-nous l'honneur d'avoir beaucoup aimé
Aimer c'est commencer notre ciel sur la terre
(Il faut beaucoup d'amour pour laver nos misères)
L'Amour est le plus beau nom de l'Eternité;
Partageons-nous l'honneur d'avoir beaucoup aimé.

L'Amour est le plus beau nom de l'Eternité.
Il est son premier mot, et le dernier sur terre,
Car lorsqu'il faudra dire un mot de vérité
En mourant nous dirons si nous avons aimé.
Aimons-nous, ô mes sœurs, aimons-nous, ô mes frères
Nous sommes pour un jour ensemble sur la terre!

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ.

Olivos, 1916.



ENCUESTA

¿Qué personalidad femenina quisiera usted encarnar?

RESPUESTAS:

Santa Clara, que tuvo la felicidad de conocer a San Francisco de Asís, y ser su hermana espiritual. Santa Clara, de quien hasta la belleza maravillosa del rostro puede admirarse todavía, en la urna de cristal en que parece que duerme, desde hace siete siglos... esperando, incorrupta, y serena, la resurrección final!

Santa Clara, que no empuñó la espada, pero que, llevando en sus manos la Custodia que contenía el Santísimo, salió al encuentro de los enemigos, y consiguió que se trocara, en el corazón de ellos, el ánimo de pelea por el deseo de la paz. Santa Clara, que salvó a su pueblo, no por la Guerra ni la Victoria, sino por la Paz; no por la matanza, sino por el Amor.

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ.

Hubiera deseado ser la madre de los Gracos; pero desgraciadamente no he tenido hijos, y no he podido dar soldados a mi querida patria.

CARMEN DORMAL DE OLAZABAL.

Santa Mónica. — Le debemos al sacrificio y amor de madre el tener en la historia de nuestra religión un hombre como San Agustín.

M. CALVO DE TRONCOSO.

Me hubiera gustado encarnar Mad. de Sevigné, porque fué hermosa como mujer, como espíritu y como madre.

MARÍA JULIA B. DE DE BARY.

Soy admiradora de la causa sufragista en sus principios; pero no de los medios de que se sirven. Quisiera poder ser una Mis Pankhurst y ver aquí realizado su ideal.

FANNY COVERTON DE WOODGATE.

Ninguna. Las que me son simpáticas han sido muy desgraciadas, y las que han tenido éxito han sido casi todas malas, pretenciosas, orgullosas y envidiosas. Creo que en la historia, la mujer más feliz ha sido aquella que ha pasado más desapercibida.

MARÍA LUISA T. DE BARRETO.

Al remontar el curso de la historia, me inclino reverente ante una mujer sublime que encarna para mí el ideal más perfecto.

Surgió como estrella de primera magnitud en el seno de la Revolución Francesa.

Joven, virtuosa y bella, de una inteligencia poco común, Madame Roland, concentró todas las energías de su alma infinitamente grande y las puso al servicio de la más noble de las causas; la libertad de su patria.

Fué esposa y madre amantísima y practicó en su fecunda vida todas las virtudes. Su sangre regó el cadalso e inmortalizó su nombre, legando a la historia el perfume de sus gracias y el temple soberbio de las mujeres de su raza.

ELVIRA PÉREZ DE CRANWELL.

Lucrecia, la víctima de Tarquino el Soberbio, que con sus virtudes salva una época de la historia de Roma.

CLARA MAZZINI DE GUERRICO.

La tierna y melancólica Valentina de Milán, modelo de fidelidad conyugal, y que a la muerte de su esposo, Luis de Orleans, adoptó el lema que debía simbolizar toda su vida:

« Rien ne m'est plus,

Plus ne m'est rien. »

MATILDE GARCÍA CALVO DE GUTIÉRREZ.

Blanche de Castilla, por haber formado un hijo como el suyo, San Luis, rey de Francia; fué modelo de madres y de reinas.

FLORENCIA T. DE CASTEX.



¿QUIERE USTED SABERLO?

OFELIA. — ¿Por qué los hombres son tan variables?

Preguntas porqué los hombres son variables. Es muy difícil contestar, porque cada corazón es un problema. Los hay complicados, simples, delicados, fuertes, sutiles, falsos, francos, en una palabra, incomprensibles. Hay quien dice que el corazón de los hombres es un tren de lujo con muchos compartimentos de primera, que mientras hay sitio van levantando pasajeros.

Pasan por el mundo con los ojos abiertos a todas las tentaciones y el corazón cerrado por desconfianza. Hay que lanzar la flecha con acierto en busca de una falla de la coraza y puede ser que lleguemos al fondo de su alma, cuyas íntimas expansiones muestran de vez en cuando su fondo de reserva.

Se puede inducirlos, pero no intentar conducirlos; su soberbia no lo permite. « Ellos son la cabeza, nosotras el cuello que sostiene la cabeza y dirige sus movimientos. »

INDISCRETA. — Dices que sabes quién es « La Dama Duende », o lo presumes, pues es una dama joven, que alterna con la élite en los salones elegantes; que no duda al hacer esta afirmación, pues muchas cosas que has conversado tú misma en el círculo íntimo con tus amigas, ese duende lo revela en sus crónicas, haciéndote arrepentir más de una vez de tus franquezas. Copio casi fielmente tus palabras. La misma curiosidad me ha asaltado muchas veces; cuando veo sobre la mesa de trabajo el infaltable artículo de « La Dama Duende », me parece que las letras escritas a máquina (pues hasta eso, no escribe ella jamás) toman formas de elementales y se levantan del papel, formando grupos distintos y oigo sus cuchicheos... No sé, INDISCRETA, quién es « La Dama Duende »; pero si te prometo averiguarlo, y entonces te contestaré en esta misma sección con las letras de la clave que me envías.

MARÍA LEBEM.

En el próximo número se contestará a todas las preguntas que nuestras amables lectoras quieran hacer sobre tópicos femeninos.

La mujer en París



AL MARGEN DEL «DRAMA DE VERDUN». — LAS PRIMERAS BATALLAS COMERCIALES, EN LAS FERIAS DE LEIPZIG Y DE LYON. — UNA IDEA FRANCESA PLAGIADA POR EL VIENÉS LENDELLE Y POR EL BERLINÉS HAAS HEYE. — EL «MILAGRO» REALIZADO POR EL SINDICATO PARISIENSE DE LA COSTURA. — NUEVOS MODELOS. — LA MODA SE TRANSFORMA EN ARTE DECORATIVO. — EL PRIMER CAPÍTULO DE UNA NUEVA HISTORIA.

Al margen del «gran drama de Verdun», cuya tremenda escena está tan cerca, ¿qué pueden ser los incidentes de nuestra vida, sino pequeñas, nimias cosas, que al alba de cada mañana y al crepúsculo de cada tarde nos dicen las horas, sobre el tablado angosto de la banalidad?...

Despertar entre las sábanas de un lecho; preocuparse de la «toilette», de las cartas que hemos de responder, de los negocios que hemos de intentar; decir y escuchar los amables embustes del diálogo mundano... y todo ello cuando a breves kilómetros de París se escribe, con sangre, la máxima y más trascendente epopeya de la historia... ¿no es, acaso, como ir, sin conciencia de la realidad, por las sendas oscuras de un sueño? ¿No es como perderse en el laberinto de quimera de un anticipado sepulcro, en tanto que otros van, a plena luz, bajo el sol del heroísmo y sobre el camino de la gloria?...

Y, sin embargo, así es nuestra existencia, movida por los cordelillos de los hábitos, de las obligaciones, de las necesidades, y no por nuestro albedrío. De cuando en cuando, un eco de la gigante lucha, un convoy de heridos, una visita de imperiales aeronaves, nos arrancan a nuestro vagar de sonámbulos, y entonces recordamos, entonces nos decimos unos a otros, a media voz, la palabra solemne: — ¡la guerra!...

Mas luego, volvemos a ser marionetas; volvemos a ser gotas de agua en el cauce estrecho; volvemos a preocuparnos de nuestro tocado, del lazo de nuestra corbata, del balance de nuestra escarcela, y hablamos de todo, incluso de la moda; de todo, excepto de la guerra... ¡Somos absurdos, pero así somos, y esta es la eterna fórmula de nuestra irredención!

Hablamos de todo, incluso de la moda, os dije; mas bien pudiera haberos dicho, en verdad, que hoy en París la moda, la «moda francesa», preocupa seriamente, y no sólo a frívolas mujeres, sino también a muy graves y muy sedudos hombres...

Y es que, paralelamente a la guerra de trincheras, riñese ya, con igual encono y entre los mismos beligerantes, la guerra comercial, cuyas primeras grandes batallas fueron las ferias rivales de Leipzig y de Lyon, vieja la primera de muchos años, y nacida la segunda en esta primavera.

Decir que nuestra «Foire de Lyon» significó un gran éxito, sería faltar a la verdad... Fué, sencillamente, un ensayo, un tanteo para lo porvenir, y no podía ser otra cosa, en una hora en que toda Francia, en armas, no atiende a empeño alguno que no sea el de arrojar cuanto antes, lejos de sus fronteras, a un enemigo que aun huella y profana la santidad del patrio lar.

Trocadas las fábricas de toda índole en fábricas de municiones, y hogar empleados en fundir y tornerar obuses los brazos laboriosos que antaño se aplicaban a fundir porcelanas y a tejer sedas, ¿qué podía esperarse del actual esfuerzo de la industria francesa, sino es lo que se ha obtenido: un comienzo, una orientación, una prueba de vitalidad que para lo futuro es promesa de victoria, en la inexorable competencia que dividirá a la Europa comercial, como prosecución de la contienda presente, cuando al fin se acalle el trágico rugir de los cañones?

Y en tanto que Lyon, desde el real de su feria, entabla ya contra Leipzig una resuelta ofensiva, París, — el París de la Rue de la Paix, de la Place Vendôme y de los Campos Eliseos, — apré-

tase a una defensiva à outrance, para mantener y acrecentar su prestigio de dictador de elegancias; ese prestigio noble y secular que Berlín y Viena, y hasta el propio y trivial New York, tratan de arrebatarse por todos los medios y con todas sus fuerzas, usando y aun abusando de la oportunidad del momento.

La amenaza más seria, entre estas enunciadas, fué la de Viena, y ello por haber recogido y realizado los austriacos, ahora, aquella idea francesa que surgió y se agostó en flor, allá por otoño de 1913, si mal no recuerdo, cuando los esfuerzos de Buzenet y de Berlioz reunieron en estrecha colaboración a los pintores de fama y a los modistos de suerte,



y cuando Gerbault, de la Gándara, Willette y otros consagrados de la pintura, diéronse a esbozar proyectos de indumentaria femenina, trocando en íntimo maridaje la que hasta entonces fuera irreconciliable hostilidad del Arte y de la Moda.

En torno de aquel loable intento se habló mucho, y se dijeron no pocas necedades: la mayor de todas ellas fué asegurar que para reusir un vestido elegante, eran menester, ante todo, la incultura

artística y la experiencia práctica de un Paquin o de un Rœdfern; incultura artística para evitar, ignorándolas, ciertas sugestiones demasiado elevadas y espirituales para ser compatibles con el gusto general; y experiencia práctica para discernir, a primera vista, lo que ese gusto general ha de aceptar a ciegas, sea bello o no lo sea, sin más razón ni causa que un insaciable afán de originalidad...

Fracasó, pues, en fuerza de no ser comprendido, aquel plan que, sin embargo, implicaba una evolución trascendental: la de convertir la Moda en Arte Decorativo, legitimándola, ennobleciéndola, y haciéndola compatible con el progreso del espíritu femenino y con la marcha del tiempo.

De lograrse esto, hace tres años, ¿hubiéramos visto, acaso, el absurdo desfile de pseudoelegancias que de algún tiempo a esta parte venimos padeciendo, y que parecen reflejo del mal gusto universal, mejor que del ajejo y clásico buen gusto parisiense?...

¡A buen seguro, no!...

Y ved cómo, con hábil jugada, los pintores vieneses, y entre ellos y especialmente Lendelle, trabajan para que esa alianza del Arte y de la Moda, malograda en París, sea un hecho en Viena, donde acaba de abrirse una Exposición de modelos que, al decir de quienes los vieron, no son, ni con mucho, el ideal; pero al menos significan un paso hacia él, y el anuncio de una rivalidad, digna ciertamente de consideración.

No lo es menos, la iniciada en Berlín por Haas Heye, que sigue los pasos del vienés Lendelle, y que, a semejanza de éste, ha organizado una Exposición cuyo éxito comercial ha sido satisfactorio, ya que ha merecido la atención y la clientela de muchos compradores norteamericanos, gente propicia a toda iniciativa y a todo modernismo, y mal dispuesta a seguir, por sentimiento o por tradición, los caminos obstruidos por la inercia.

De sacudir esa inercia, — efecto natural de la situación — se ha encargado el «esprit» francés: ese ingenio, cuya sutileza y cuya luz bastan para hacer milagros... Y el milagro se ha hecho...

El Sindicato de la Costura ha puesto en línea, para la acción, buena parte de esos muchos millones ahorrados al margen de sus formidables beneficios, durante los años de paz. Y llamados a capítulo los más ilustres pintores, — entre los que la guerra nos ha dejado, — y puestos de acuerdo, al fin, artistas y practicantes, ensueños y realidades, la Moda Francesa, remozada y encauzada por los derroteros de la gran evolución que se malogró en 1913, nos muestra hoy, en las páginas de su revista oficial, o en los salones de sus faiseurs sindicados, maravillosas colecciones de modelos que son, en plena actualidad, trasunto fiel de las más bellas galas del pasado...

Ved, conmigo, este tailleur de jerga azul marino: falda corta y amplísima, ahuecada, en torno de las caderas, por un sutil arillo de ballena. El corpiño se ajusta al talle, en saudeade goyesca, y una pelerina apenas indicada sobre el pecho y francamente ostentada sobre la espalda, os dice de las elegancias muy siglo dieciocho... Pero en torno del cuello, alto y albo, se anuda y cae sobre los senos una grande y romántica corbata de taffetas negro, que basta para hacernos pensar en los dolientes vagares de Becker y de Espronceda... Vestid con este traje sencillo, a una rubia, a una de las rubias princesas que poblaron, divinamente, los divinos ensueños de Rubén Darío, y habréis tornado en realidad la ilusión, y habréis aprisionado la esmeralda de la esperanza, para engastarla en el oro de la leyenda.

Observad aquel otro tailleur de taffetas glacé, bajo cuya jaquette, muy abierta, florece un chaleco de brocado: es cifra y suma de elegancias versallescas, y gala que hubiera lucido, gustosa, la regia Madame de Pompadour...

Toilettes de noche: raso rosa, con cintura y galones de tejido de plata; tul amarillo, con adornos de Chantilly; seda clara, bajo túnica de gasa oscura; gasa, cercleée de ruches de Chantilly... ¡Cuán lejos está, todo esto, — que es delicadeza y armonía, — de aquellos barrocos y disparatados horrores de la moda búlgara, que en un tiempo que más vale no recordar, París adoptó y admiró!...

Y los grandes abrigos de taffetas, muy 1830; y los vestidos-túnicas, de terciopelo gris, orlados sobre el bajo, las bocamangas y el cuello, con renard plateado, y ceñidos con una gran cintura de moiré; y los tailleurs escoceses — manzana y oro — ajustados con un cinturón de ante, prendido con hebilla de plata antigua, ¿no es, decidme, esta breve evocación de la moda femenina, el primer capítulo de una historia de Arte Decorativo, que comienza?...

Y, ¿cuál, entre esas bellas artes de la decoración, podrá ser más interesante, para un hombre, que la que tiene por objeto embellecer a la mujer?

ANTONIO G. DE LINARES.

París, mayo de 1916.



DIBUJOS DE RIB



Los briosos deudos de Rocinante prefieren la pampa, que es una Mancha inmensa.

Los sumisos descendientes del rucio sanchopancesco aman el monte, los caminos entre árboles. El galope resulta hidalgo, gaucho; el paso, escuderil, indio.

En cuanto el terreno deja de ser llanura y se cubre de arboleda; en cuanto pone obstáculos al libre galopar, se inicia el humilde imperio de los pacientes rucios, y es el indio quien hace de Sancho

PACIENTEMENTE

Panza. Entre esos bosques, por medio de las picadas, luchando contra la naturaleza, la industria y el comercio argentinos tratan de explotar el suelo rico y difícil.

Obra lentísima, como andadura de asno; pero eficaz, continua. Insensiblemente el hombre triunfa en la empresa de invadir el oasis para hacerle productivo. Si no fuese por la colaboración del rucio, la selva continuaría impenetrable y rebelde al progreso.

Gracias al calmoso obrero, héroe de las aventuras modestas, se abrirán los caminos por donde Rocinante galope a sus anchas, triunfalmente.

Entonces nadie recordará ni apreciará los servicios del rucio, descendiente de la simpática cabalgadura de aquel buen Sancho Panza que representaba en la odisea cervantina lo vulgar, lo razonable, lo práctico y conocía el intrincado arte de gobernar islas.





Aves tan hermosas y elegidas como las del Criadero «EXCELSIOR», único en Sud América, con sus 90 razas distintas, que representan un conjunto de 5.000 Reproductores, no va encontrar en ninguna Exposición. Así lo han afirmado los «Entendidos» y los «Jueces» mismos que han visitado este Establecimiento de Avicultura Moderna, que empolla y cria por medio de la electricidad. Aves reproductoras, desde \$ 10.—. Huevos para empollar, desde \$ 6.—, la docena. Incubadoras que empollan cada huevo fértil, a \$ 25.— de 35 huevos, Conejos, Gatos de Angora, Abejas, Colmenas, Máquinas e implementos para la Industria Lechera, Fruticultura, etc. Enviando 50 centavos en sellos remitimos un libro ilustrado explicativo sobre todo. A. Reinhold, Belgrano, 451, Buenos Aires. — Anexo: Criadero «EXCELSIOR», 30 años establecido.



“La Cultura Argentina”

EDICIONES DE OBRAS NACIONALES
DIRIGIDAS POR EL DR. JOSÉ INGENIEROS

PRIMERA SERIE

Volúmenes formato mayor, a 2 \$ m/n.

- | | |
|---------------------------------|--|
| 1. — Mariano Moreno | — Escritos políticos y económicos. |
| 2. — Bartolomé Mitre | — Rimas. |
| 3. — Juan M. Gutiérrez | — Origen de la Enseñanza Pública Superior. |
| 4. — Vicente Fidel López | — Historia Argentina. |
| 5. — Domingo Faustino Sarmiento | — Conflicto y armonías de las razas. |
| 6. — Amancio Alcorta | — La instrucción secundaria. |
| 7. — José M. Ramos Mejía | — Las Neurosis de los Hombres célebres. |
| 8. — Martín García Mérou | — Ensayo crítico sobre Alberdi. |
| 9. — Florentino Ameghino | — Filogenia. |

Volúmenes formato menor, a 1 \$ m/n.

- | | |
|----------------------------------|--|
| 1. — Bernardo Monteagudo | — Escritos políticos. |
| 2. — Estéban Echeverría | — Dogma Socialista y Plan Económico. |
| 3. — Juan B. Alberdi | — Bases. |
| 4. — Juan B. Alberdi | — Cartas Quillotanas. |
| 5. — Juan B. Alberdi | — Luz del día. |
| 6. — Juan B. Alberdi | — El crimen de la guerra. |
| 7. — Domingo Faustino Sarmiento | — Facundo. |
| 8. — Domingo Faustino Sarmiento | — Recuerdos de Provincia. |
| 9. — Domingo Faustino Sarmiento | — Argirópolis. |
| 10. — Domingo Faustino Sarmiento | — Las ciento y una. |
| 11. — Andrés Lamas | — Rivadavia. |
| 12. — Hernández y Del Campo | — Martín Fierro, Santos Vega y Fausto. |
| 13. — Olegario V. Andrade | — Poesías completas. |
| 14. — Ricardo Gutiérrez | — Poemas. |
| 15. — Ricardo Gutiérrez | — Poesías líricas. |
| 16. — Vicente G. Quesada | — Historia colonial argentina. |
| 17. — Nicolás Avellaneda | — Escritos literarios. |
| 18. — Francisco Ramos Mejía | — El Federalismo Argentino. |
| 19. — Martín García Mérou | — Recuerdos literarios. |
| 20. — Martín García Mérou | — Estudios Americanos. |
| 21. — Lucio V. López | — Recuerdos de viaje. |
| 22. — Florentino Ameghino | — Doctrinas y descubrimientos. |
| 23. — Agustín Alvarez | — La Creación del mundo moral. |
| 24. — Agustín Alvarez | — ¿Adónde vamos? |
| 25. — Agustín Alvarez | — Manual de patología política. |

Estas ediciones están en venta en todas las librerías.

LA ADMINISTRACIÓN GENERAL

CASA VACCARO - Av. de Mayo, 646 - Buenos Aires

ENVÍA FRANCA DE PORTE Y CERTIFICADA

La serie precedente completa por Argentina 43 \$ m/n Exterior 22 dólares

PECTORAL LEGRAIN

Tos, Bronquitis,
Catarros crónicos.

El gusto agradable y la acción INMEDIATA e infalible de esta preparación, son las causas que justifican su renombre y fama mundial; si lo duda consulte a su médico.

He aquí la fórmula analizada y aprobada del
Pectoral “LEGRAIN”



Elixir de Garus. 800 c. c.
Benzoato de Soda. . . 10 »
Terpina. 5 »
Clorhidrato Codeína 1 »
Jarabe de Goma. . . 300 »
Glicerina. 600 »
Thiocol. 30 »

PÍDASE
en todas las buenas
Farmacias y Droguerías



Único representante: CAMPONOVO y Cía., Lavalle, 477 - Bs. Aires

PHILIPS

"1½ WATT"



Las lámparas adoptadas para el alumbrado público de la Capital y de todas las ciudades de la República. Pidan informes sobre los tamaños reducidos, para alumbrado de casas particulares y escritorios.

SE VENDEN EN TODAS PARTES.

